



BB

MORIR SIEMPRE ES FÁCIL
lee calloway

MORIR SIEMPRE ES FACIL

LEE J. CALLOWAY

**MORIR
SIEMPRE ES FACIL**

**1.ª EDICIÓN
ABRIL - 1963**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA**

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 1552-1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© LEE J. CALLOWAY - 1963

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963**

N. R. 391/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia



CAPÍTULO PRIMERO

La chica pretendía ignorarme.

Lo fingía nada más.

Su vestido *beige* se amoldaba perfectamente a unas curvas embriagadoras. La melena era roja y densa. También su boca. Los ojos, en cambio, eran verdes.

Era una criatura explosiva, fascinante, pletórica de vida.

Y le gustaban los escotes en V. Como aquel. Demasiado audaz. Pero la exhibición merecía la pena.

—¿Qué ocurre, encanto? —le pregunté a media voz.

Ella aparentó no oírme. Me ignoró una vez más, como toda joven pudibunda ignora al galanteador profesional.

Eché a andar a su lado.

—Dulzura —le dije—, es hora ya de que esta tontería termine, ¿estamos? A mediodía, cuando he almorzado en “chez Balzoux”, usted estaba unas mesas más allá y apenas si me quitaba ojo de encima. He ido a la Comisaría Central de Policía y me ha seguido. La he visto en el vestíbulo, al salir, haciendo como que leía el tablón de anuncios. Me ha seguido también hasta el «Oasis», luego al «Café del Sol», y finalmente a mi propio hotel. ¿Está loca o qué, muñeca? Todo el tiempo que he permanecido en mi hotel, más de cuatro horas y media, lo ha pasado sentada en el interior de su “Mercury” rojo cereza que tenía estacionado frente al “Calypso Club”, dos cuadras más allá del hotel. Después he ido a tomar un “high-ball” al “Caribe’s” y usted, ¡Infiernos! estaba allí también,

al fondo, chupándose un “scotch” con mucha soda. Ha cenado luego en “Casa Balbino”, como yo. He venido hasta aquí, el “Samoa”, en Cañón Uno, y usted detrás. ¡Acabemos! ¿Qué quiere de mí? No estoy acostumbrado a causar un efecto tan devastador entre los elementos del sexo contrario.

Mientras yo hablaba, habíamos llegado a la zona de aparcamiento de la calle. Allí tenía yo mi modesto “Ford” del 57. También estaba el “Mercury” color rojo cereza.

La pelirroja prescindió súbitamente de su indiferencia.

—Su nombre es Bruce Dennison, ¿verdad?

Contuve el aliento cuando el escote se ahondó.

—No me diga que ha necesitado todo este tiempo para preguntármelo, muñeca. En efecto, soy Bruce Dennison. ¿Y bien?

—Creo que necesito hablar con usted.

—Ah, vamos, lo cree nada más. Después de tantas horas no está segura aún.

—Búrlese, pero es la verdad.

Calculé su edad en unos veinticinco años. No, ya no era una niña. Era más, mucho más. Algo impresionante, realmente definitivo. Su peso estaba bien distribuido desde el cuello hasta la punta de los pies y había mucho que pesar. Era la clase de muchachas que uno se encuentra en el estudio de un gran fotógrafo publicitario o en el guardarropa de un club lujoso.

—Veamos —dije después de lanzar un prolongado suspiro—, usted dice que quiere hablar conmigo. ¿En plan personal?

—No.

—Entiendo. No se trata de que Dennison, el gran Bruce Dennison haya destrozado su tierno corazón con los innumerables encantos masculinos que le adornan. ¡Qué lástima! Debo desengañarme. En fin, son cosas que le pasan a uno.

—Se trate de lo que se trate, señor Dennison —me cortó ella fríamente—, le aseguro que no es para tomarlo a broma.

—Pues lo parece, encanto. ¿Vamos a mí hotel? ¿Cuestión de negocios? Soy experto en seguros.

La pelirroja titubeó.

—Su hotel está en la Avenida del Palmar, ¿no es eso? Iremos allí entonces. Está muy cerca.

La miré enarcando las cejas.

—Es usted una chica fuera de serie. Y yo soy casado. Nueve hijos y el décimo a punto de llegar. ¿Qué le parece, dulzura? Adoro el hogar y la familia. ¿No teme, por tanto, que mi mujer le saque los ojos?

—Usted es soltero, señor Dennison.

—Cielos, ¿cómo lo sabe? ¿Intuición femenina? ¿Horóscopo?

—¡Por favor, basta de chanza! —exclamó, impaciente—. Podemos ir

paseando si no le importa.

—No, no me importa.

Fuimos.

Puerto Caribe no se diferenciaba mucho de cualquier otro lugar de Sudamérica.

Tenía sus palmeras, sus edificios blancos, encalados y brillantes, como deslumbradores decorados para cualquier película de Robert Mitchum; abundante en “calypsos” y sambas, botellas de ron y tequila, y exuberantes morenas y mulatas de piel reluciente.

Los hombres estaban siempre sudorosos y fatigados, como si alguna vez hubieran hecho algo digno de cansarles. Sorprendí en muchos de ellos miradas relucientes y silbidos expresivos cuando pasamos ante ello...

Hinché el pecho.

Ciertamente, a cualquier hombre lo hubiera halagado llevar un ejemplar de mujer como aquel al lado, tan pelirroja, tan detonante, tan sugestiva. A mí me halagó.

Pero no era un asunto personal lo que la había inducido a convertirse en mi sombra desde que la vi por primera vez en “Chez Balzoux”, a mediodía, o quizá desde antes, cuando yo no había reparado todavía en ella.

De todos modos, me halagó.

La ciudad tropical ardía en colores luminosos. Rótulos fluorescentes, semáforos, escaparates de tiendas. Puerto Caribe era una ciudad más. Dejaba atrás el tipismo, en sus barrios extremos.

Era un lugar extraño. Poseía algo. Tal vez un embrujo especial, que se adueñaba de uno. Allí parecía no existir el tiempo. Saltar de los Estados a Puerto Caribe era como salvar una barrera imposible lejos de los proyectiles teledirigidos y los satélites artificiales.

Cruzamos, siempre en silencio, la Avenida Presidente Tomás y desembocamos en la del Palmar, donde estaba ubicado el “Hotel Nacional”.

Llegamos sin haber cambiado una sola palabra.

En el ascensor, frente a frente los dos, parpadeé un par de veces escrutando su hermosa boca prieta, en un firme gesto de determinación, su airoso porte, la esbeltez de sus piernas perfectas, su generoso escote... Estaba erguida ante mí, como una diosa de fuego, tan juvenil y llena de vida dentro de aquel combinado *beige* que calcaba sus contornos.

Piso tercero, puerta 24 B.

Abrí.

—Pase.

Yo aguardaba la reacción de la joven y su absoluta impasibilidad me dejó chasqueado hasta cierto punto. Avanzó con aplomo, indiferente, quizá porque estaba absorta en sus preocupaciones, rodando las caderas hasta

dejarse caer en uno de los sillones forrados en cuero rojo.

Sus caderas.

Logré recobrar la respiración y sonreí.

—¿Un trago?

—Como quiera.

Los rojos labios sonreían como si mil focos la estuvieran bañando en luz para un millón de espectadores.

Saqué del mueble-bar una botella de ron y dos vasos.

—Puede decirme su nombre —sugerí yo mientras vertía el licor sobre los cubitos de hielo.

—Mildred Jones.

Levanté los vasos para mirarlos al trasluz y añadí un poco de soda. Luego acudí a su lado.

—Usted sabe muchas cosas de mí, Mildred: mi nombre, el lugar donde vivo, que soy soltero. Sabe más aún probablemente. Es justo que en compensación me diga algo de usted. Después puede marcharse.

—¿Marcharme?

—A no ser que decida explicarme el motivo de su persecución. O haga lo que se le antoje. Es usted un espectáculo que paga por sí mismo. Con que haya venido a decorar unos minutos ese butacón, me doy por satisfecho.

Ella me miró con cierta sorpresa.

—¿Lo puedo tomar como una galantería?

—Como quiera. Ande, beba.

—Señor Dennison, usted no puede comprender lo delicado que para mí es el paso que me he resuelto dar —la chica tomó el vaso que yo le tendía.

—Usted debe tener sus motivos para obrar como ha obrado.

—Los tengo.

—Pues beba y no se preocupe de más.

Bebió un sorbo. Luego miró en torno buscando dónde dejar el vaso y optó por dejarlo en el suelo, sobre la alfombra.

—Parece usted un hombre eficaz. Dennison —me dijo al cabo, aprobadoramente, mirándome con el mismo desenfado que si fuera a comprarme—. Debe medir casi los siete pies de estatura, espalda triangular y hombros convenientemente proporcionados —y me preguntó escandalizada—: No será relleno, ¿verdad?

—Puede estar segura de que no lo es.

—Tiene un rostro enérgico, varonil, mentón hendido, voluntarioso. Cualquier mujer podría llamarlo guapo. Dígame, ¿por qué no se ha dedicado al cine?

—Soy experto en seguros, ¿necesito recordárselo?

—Eso es poca cosa para un hombre como usted. El cine le llenará de oro si se lo propone.

—Muñeca, ¿acaso pienso contratarme para hacer una película?

Me senté en el sillón gemelo, frente a ella, y saqué un paquete de cigarrillos. Mildred tomó uno, adelantando el busto y luego esperó a que yo se lo encendiera con mano no muy segura.

Cuando hubo exhalado una columna de humo, mi pelirroja se echó hacia atrás recostándose en el cuero y cruzando las piernas.

No debió hacerlo. No debió hacerlo si deseaba que la cortísima falda llegara a las rodillas. Miré al techo y durante unos segundos estuve buscando mi tradicional aplomo por todo el cuerpo. Ella, triunfal y desafiante, me miraba ahora como si me hiciera un inmenso favor con su presencia.

Puede que fuera así, pero ya me estaba impacientando.

Le pregunté:

—¿Ya puede decirme cuál es el motivo de su obstinada persecución? Es posible que peque de descortés, pero soy hombre que le gusta ir recto a los negocios.

—Otro, en su lugar, hubiera aprovechado para hacerme el amor. Es una vulgaridad, pero los hombres piensan que con ello ganan algo.

—Yo no soy vulgar, encanto. Y ahora, ¿me dirá de una condenada vez qué es lo que quiere de mí?

Ella rio.

—No, no es usted galante, pero me gusta.

Aplastó el cigarrillo a la cuarta chupada y luego entrelazó sus esbeltos dedos. Aquel perfume tan intenso que usaba era enervante y a mí me pareció de pronto estar viviendo un sueño del que no tardaría en despertar.

Me abanicó con las pestañas.

—Usted no es experto en seguros, señor Dennison.

La examiné con más atención. A simple vista, Mildred Jones no parecía una chica inteligente. No lo parecía solo. Ahora hubo algo en su mirada que me demostró cuán equivocado estaba desde el principio.

Me estremecí involuntariamente.

Era como un animal de lustroso pelaje, primitivo y sensual, que iba y venía impulsada por apetitos, pero inteligente. Lo cual la hacía doblemente peligrosa.

Entonces pues, no era una vulgar aventurera a la caza del viajero solitario de aspecto más o menos próspero. Tuve el convencimiento pleno de que por primera vez desde mi llegada a Puerto Caribe, iba a tropezarme con un hecho concreto y objetivo.

—Usted no es experto en seguros como pretende —repitió innecesariamente.

Y se levantó del butacón.

Esperé.

Se apartó y lentamente se dirigió a la ventana balanceando expertamente el cuerpo. Apoyó la frente en los cristales.

La miré de espaldas, admirando su figura plena, pero esbelta, y el juego cadencioso de sus caderas y sus piernas.

Yo me encogí de hombros y bebí un largo trago de mi vaso.

—Muñeca —dije—, va usted muy lejos.

—Quizá, pero no demasiado lejos.

Hubo un momento de silencio.

Volvió a ocupar su sillón con aplomo, indiferente. Estudié una vez más, admirativamente, las piernas que surgían de la corta falda, la tersura de su piel tostada por el sol de las playas de Puerto Caribe, la gracia inquietante de su línea, la perfección del empeine... ¡Infiernos! Era como topar de pronto con auténtico Picasso. No se cansaba uno nunca de admirarla.

—Usted, señor Dennison, llegó hace tres días a Puerto Caribe, en vuelo directo desde Washington. Corríjame si me equivoco.

—Va bien. ¿Qué más, Mildred?

—Cenó, la misma noche de su llegada, con el teniente coronel Elmer Davidson en “Casa Balbino”. Y Davidson es el jefe accidental de la base aérea norteamericana en Palo Verde, dos millas al norte de Puerto Caribe. ¿Continúo?

—Sí, claro. Es interesante su exposición de los hechos.

—Anteayer se entrevistó durante, ¡fíjese, Dennison! durante casi cinco horas seguidas con el comisario general de Policía, “Fulgencio Robles. Al día siguiente, o sea ayer, tuvo otra entrevista con Celestino Quezadas, transportista, comerciante y almacenista de maquinaria agrícola pesada; más tarde con Amanda Sandoval y hermanos, abogados; y con un ex capitán de milicias republicanas, agente de ventas ahora de la Rockwell Insurance & Co., en Puerto Caribe, llamado Anselmo Cortada e Iguarán. ¿Qué le parece, Dennison?

—Informadores muy expertos, muñeca, muy expertos. ¿Cuántos pesos le han cobrado por el trabajo? ¿O pagó en dólares americanos?

Ella no hizo caso de mi pregunta y prosiguió:

—Hoy ha deambulado usted de un lado para otro, de bar en bar y de café en café, a la caza de un comerciante húngaro, nacionalizado aquí, en este país. Le diré su nombre: Stanislas Korvich. Y aún más. Stanislas estuvo muy metido en lo de la revuelta, allá en Hungría. Pero de soplón de los rusos. Estos, cuando dejó de serles útil, se lo entregaron a un grupo de jóvenes exaltados, pero logró escapar al continente americano y aquí prosperó. Usted no ha podido hablar con él porque Korvich está ausente, fuera de la ciudad. Yo diría que para siempre. Que jamás volverá. Que no podrá hablar nunca con usted. Que estará criando malvas en cualquier lugar de la selva. Eso si le han echado unas cuantas paletadas de tierra encima.

—¿Y bien?

Ella cogió el vaso de ron que reposaba sobre la alfombra. Bebía, golosos los labios, palpitante la garganta al paso del ardiente líquido. Se desprecizó voluptuosamente luego, con sonrisa insinuante.

—¿Se ha dado cuenta de una cosa, Dennison? —no obtuvo respuesta y añadió—: El mundo de los hombres y el de las mujeres parecen ser uno mismo, y sin embargo, nunca concuerdan.

—Lo sé. Conozco a las mujeres.

Mi pelirroja hizo un gesto de burlona desesperación.

—Oh, claro. Sí que las conoce. Y además no presume. Se le nota. Es usted un tipo formidable.

Moví una mano.

—¿Qué se propone ahora? No hablábamos de eso.

—¿No? —ella rio suavemente—. Bueno, ¿dónde estábamos, Dennison?

—Hablabamos usted del húngaro, del pobre Stanislas Korvich que en paz descanse.

—Sí, pobre Korvich. Bien. Celestino Quezadas, la Sandoval y sus hermanos, son los confidentes habituales de la Oficina de Información del teniente coronel Davidson. Anselmo Cortada lo fue también. Ahora gana los suficientes pesos como para mantener una quinta en la Vía de las Américas. No de las ventas que hace para la Rockwell, no de un modo claro. Y es fiel amigo de ciertos personajes insurreccionistas cuyos nombres están ya en la lista negra de la policía. En cuanto a Stanislas Korvich, se sospecha que trafica en estupefacientes o incluso que se dedica a la trata de blancas. Sus relaciones comerciales, desde luego, se extienden de norte a sur y de este a oeste, por todo el país. O se extendían, si es que ha muerto. Eso es todo... por ahora, Dennison.

Acabé mi ron y encendí un segundo cigarrillo.

—¿Quién la envía a usted, encanto? —pregunté con suavidad, expulsando al mismo tiempo un chorro de humo por la boca.

—Se equivoca. He venido por propia iniciativa.

El combinado *beige*, sin hombreras, apenas ajustándose a su turgente seno, contrastaba con su tez bronceada por el sol tropical y con su melena roja, haciendo Juego con sus pupilas verdes, centelleantes.

Inquirí gravemente:

—¿Con qué objeto?

—Quiero ayudarle, Dennison.

—¿Ayudarme? ¿Está segura de que necesito ayuda? Y en ese caso, ¿qué clase de ayuda?

Rompió a reír y se puso una mano en la boca.

—Oiga, Dennison; usted es muy joven, ¿verdad?

—No tanto. Veintiocho años.

—Déjeme decirle algo. Su pasaporte le acredita como experto en

seguros, y como tal se ha inscrito en el registro de este hotel. Pero insisto; no es usted tal experto.

—¿No? ¿Qué, entonces?

—Policía, investigador, agente del F.B.I. enviado por el Pentágono en misión especial.

CAPÍTULO II

Apreté los puños con tuerza.

—Nada menos que agente especial del F.B.I. ¿Delira usted, muñeca?

—Es inútil que lo niegue, señor Dennison.

Maldije en voz baja.

—Si cree saber tantas cosas, ¿por qué no me dice en qué consiste mi misión?

—Sí, ¿por qué no? —hablaba con ojos chispeantes, tenso el cuerpo—. Se lo diré; le han encargado que averigüe la procedencia de un gigantesco cargamento de armas, fabricadas en los Estados, que las tropas gubernamentales interceptaron en un lugar llamado Arena Caliente, unas doscientas cincuenta millas tierra adentro, hacia el sur. Esas armas eran para los rebeldes revolucionarios de Sierra Parda.

Respiré profundamente y escruté el bello rostro de la pelirroja tratando de leer sus pensamientos, pero me encontré ante una sonriente máscara que nada dejaba entrever.

Nadie me había hablado de Mildred Jones. Nadie me había prevenido en contra ni en favor de ella. Sin embargo, allí estaba, enterada de todo, absolutamente de todo. De la misión que me había llevado a Puerto Caribe y de los pasos, de todos los pasos, que hasta entonces yo había dado para llevarla a cabo. Pasos inútiles, por cierto.

¿Quién era la pelirroja?

—Bien. Admitamos por un momento que yo esté en Puerto Caribe para lo que usted afirma. Dice que me ha seguido porque quiere ayudarme. ¿De qué manera?

Mildred Jones avanzó su busto.

El escote.

Entorné los párpados. Sus blancos dientes refulgieron en una rápida sonrisa.

—Señor Dennison —me dijo, seria ahora—, usted cree que el convoy de armas capturado en Arena Caliente por los soldados leales al gobierno procedía de Puerto Caribe, e imagina que era una mínima parte de la gran operación de contrabando organizada desde aquí por ciertos elementos que tienen fácil acceso al material de guerra norteamericano, simpatizantes claro está, del movimiento antigubernamental de Sierra Parda, de marcada tendencia comunista. A usted le han encargado desenmascarar a esos elementos y destruir su poderosa organización. Una vez conseguido esto, los rebeldes acabarán por rendirse o huir. Y así, el movimiento comunista quedará abortado una vez más.

No pude contener una sonrisa.

—Muñeca, ¿juega a adivina? Pretende ahora saber hasta lo que creo e imagino, ¿se da cuenta?

—Se deduce fácilmente de lo que ha hecho desde su llegada al país. La policía secreta del Gobierno comprobó, efectivamente, que el enorme cargamento había salido de Puerto Caribe. Ante el escandaloso hecho de que esas armas habían sido fabricadas en los Estados Unidos y en fecha muy reciente, el Gobierno del actual presidente Ciriaco Méndez elevó su protesta al cónsul general norteamericano. Es de suponer por tanto, que ustedes han efectuado en su país las pesquisas oportunas.

—Usted es inglesa, ¿no? Su acento...

—Nací aquí, señor Dennison —me cortó, incisiva—. Mis padres eran de Canterbury.

—Un poco rebuscado.

Me miró como si quisiera traspasarme con los ojos.

—No está usted en situación... —comenzó a decir—. Bien. Hablemos claro, señor Dennison. Usted ha sido enviado a Puerto Caribe porque las pesquisas hechas en los Estados no han dado resultado positivo alguno. Debe investigar sobre el terreno. Pero le voy a decir una cosa: usted ha venido demasiado tarde ya...

—¿Demasiado tarde?

—El incidente de Arena Caliente ha levantado una gran polvareda y los traficantes de armas ya han tenido tiempo de sobra para batirse en retirada y estar a cubierto, fuera del alcance de la policía. Y cuidarán de no moverse para nada hasta que ese polvo vuelva a posarse sobre su pista. Reunir en tales circunstancias a individuos como Celestino Quezadas. Sandoval y hermanos, Anselmo Cortada o Stanislas Korvich, aventureros ya acabados, fichados, conocidos sobradamente por todos, es, simplemente, perder el tiempo. Algo ridículo e ingenuo tratándose de organizaciones tan famosas y eficientes como la del F.B.I.

Repliqué con brusquedad:

—Infiernos, ¿qué es lo que busca usted entonces, muñeca?

El silencio que siguió a mi pregunta duró un minuto largo, hasta que se hizo insoportable. Mientras, los ojos de la pelirroja permanecieron inmóviles, como si pretendiera hipnotizarme.

—¿Buscar, señor Dennison? —replicó, molesta.

Enarqué las cejas.

—Vamos, vamos, encanto. Es evidente que usted pretende colocarme una mercancía. Apuesto doble contra sencillo a que cuanto ha dicho hasta ahora es pura propaganda. ¿Qué va a cobrarme por ella? ¿Qué espera cobrar? No se ande con remilgos a estas alturas. Sonrió de una manera enigmática.

—A usted no le voy a cobrar nada, señor Dennison.

—Ya. Y ¿quién será pues, el pagano?

—Eso es algo que debería tenerle sin cuidado, señor Dennison. Le ofrezco algo, tómelo usted y obre en consecuencia. No se preocupe de mí.

—¿Y si la perspectiva no acabara de gustarme?

—Palabras, solo palabras. ¿Por qué no iba a gustarle?

—Encuentro demasiadas facilidades, dulzura. Digamos que sospecho que está usted jugando muy mal su baza. Usted, o quien se encuentre detrás de usted. Ha querido darme la impresión de que quiere empujarme en determinada dirección. Lo ha conseguido. Reciba mi aplauso. Pero entérese; yo voy a empujar en dirección contraria. Está claro como el agua. Nadie ofrece gratis una mercancía de verdadero valor.

—Yo no la ofrezco gratis, señor Dennison.

—Lo ha dicho hace un momento.

—No. Lo único que he dicho, y son palabras textuales, es que a usted no le voy a cobrar nada. A usted solamente. Compréndame de una vez. El precio me lo pagarán en otra puerta.

Me pellizqué la barbilla mirando a un punto situado por encima de la cabeza de la muchacha. De modo que así estaban las cosas.

—¿Un nuevo trago de ron, Mildred? —rompí el silencio.

Negó con la cabeza.

—Su aparición en escena ha tenido la virtud de desconcertarme —saqué el paquete de cigarrillos y se lo ofrecí. Tampoco quiso. Yo encendí uno—. Siento que me crea usted un hombre poco hospitalario o demasiado brusco. ¿Acepta una invitación para ir a cenar al “Caribe’s”?

Ella rio.

—Lo siento, señor Dennison. Pero tengo prisa y solo deseo liquidar este asunto cuanto antes.

—Está bien. Como guste.

La miré fijamente y ella, con mucho recato, trató de estirarse la falda infructuosamente porque esta no daba más de sí.

—Señor Dennison.

—¿Sí?

—Conozco a alguien en Puerto Caribe que sabe de ese contrabando de armas todo lo que a usted le interesa y más.

—¿Quién es?

—Un hombre, un buen tipo de hombre. Cantante y además inteligente, quizá demasiado —hizo una pausa para apoyarse cómodamente en el respaldo de la butaca. Pareció imposible, pero la falda subió unas pulgadas más—. Vaya y bable con él. Si es usted hábil, si sabe exprimirle bien su jugo, no necesitará ya ir dando palos de ciego.

Así era ella de lista.

Soltó una risita.

—Muy sencillo, ¿no es eso, encanto?

—El éxito de la gestión depende exclusivamente de usted.

—Menos. ¿Quién es el tipo?

—Johnny Castillo. Moreno, fuerte y portorriqueño por añadidura. Ha grabado innumerables discos y ahora triunfa en “La Fiesta”.

—Johnny Castillo... Se habló algo de él en los Estados. Buena voz, buena orquesta, el rey del calypso.

—Solo “¡Baile el calypso!” le dio el medio millón de dólares.

—Muy bien. ¿Y a qué hora puedo encontrarle?

—A partir de las once en “La Fiesta”. Hasta las cuatro o las cinco de la madrugada.

—Ese local está en la Avenida 30 de Julio, ¿no es eso?

—Exacto. Johnny es la estrella. Se llena todas las noches solo para oírle y bailar al son de sus canciones.

Sostuvo mi mirada. Me obsequió descruzando las piernas y se puso en pie. Con las manos se alisó maquinalmente el vestido. Volvió los ojos hacia la puerta.

—Le deseo buena suerte, señor Dennison.

—Espere. No corra tanto, muñeca. Si no he entendido mal, usted pretende que obligue a Johnny Castillo a escupir todo lo que sepa como sea. Dudo que se preste a hacerlo por las buenas si es que verdaderamente sabe algo. Usted le odia, ¿verdad?

—Puede —contestó vagamente, tensa la voz, vuelta a medias hacia la puerta—. ¿Y qué?

Su cara era ahora una masa pétrea y sus ojos dos diamantes engarzados en sus cuencas.

—Sospecho por qué. El tal Castillo tiene buen partido entre las mujeres y usted cayó también en su red. Pero usted no puede admitir que él la olvidase. ¿Es eso?

—Supongo que no le incumbe a nadie más que a mí —la pasión había vuelto a surgir a la superficie.

—Muy bien, de acuerdo. Usted y Castillo no se pueden ver ni en pintura. Han tenido sus palabras y puede que algo más. Pero da la casualidad de que no me gusta mezclarme en líos de esa clase. ¿Quién me asegura a mí que sus palabras, muñeca, no son pura patraña, una hábil jugada para vengarse el desprecio que le hizo el cantante? Usted sabe que en una entrevista así no puede por menos que haber algún que otro golpe y que no sería yo precisamente el que saldría perdiendo. Sí, puede ser todo una gran mentira y el jugo que exprimiese a Castillo no serme de ninguna utilidad.

—Arriésguese.

—No. Yo nunca me arriesgo sin garantías, ¿está claro?

Relampaguearon sus ojos.

—¡Garantías, dice! —exclamó desdeñosamente—. Usted, un aguerrido

agente del F.B.I., tiene miedo a arriesgarse. Lo siento entonces, pero lo único que le puedo garantizar es que por la senda que ha tomado, reuniendo a figurines como el teniente coronel Davidson, a obtusos como el comisario Fulgencio Robles y a escoria como Quezadas y compañía, no llegará a parte alguna. Elija, pues. O sigue mi consejo o no. ¿Puedo marcharme ya?

—No.

Mi pelirroja apartó la mirada de la puerta y volvió hacia mí su rostro impenetrable. En sus labios se dibujaba una dura sonrisa. Tuve la sensación de hallarme ante un oculto peligro, como si la bella y sedosa garra de una fiera se alzase con las uñas prestas entre las almohadillas de los dedos.

—Señor Dennison, yo no le digo que haga imposibles.

—Pero falta algo, preciosa, ¿quién la ha informado tan detalladamente sobre mi identidad, mis pasos en Puerto Caribe y el objeto de mis pesquisas? Respóndame. ¿Cómo es que está tan enterada?

—¡Eso no importa ahora, señor Dennison!

—¡Sí que importa! —extendí las manos—. Es más; tiene una importancia fundamental. Si las personas a quienes busco conocen ya, de antemano, todas mis actividades en Puerto Caribe, mi investigación está abocada a un fracaso seguro, rotundo.

—¿Y por qué no confía en mí?

Yo pregunté a mí vez:

—Y ¿cómo sabe usted que Johnny Castillo, un cantante de moda, famoso, rico, que vive para su arte solamente, puede serme útil en un asunto de tal envergadura, tan lejos de sus actividades normales?

—¿Quiere hacerme el favor de ahorrarse sus preguntas? —estaba perdiendo la paciencia a ojos vistos—. Quisiera que entendiese de una vez que no soy yo quien puede decirle lo que pretende averiguar. ¿Me ha entendido ya? No soy yo, sino Johnny Castillo. Y le advierto que no me guían ni el odio ni el resentimiento hacia él. Por el contrario, le desprecio cordialmente, ¿estamos?

—Un momento. Necesito que puntualice bien sobre este punto. ¿Conoce Castillo a la persona o personas responsables del contrabando de armas para los rebeldes de Sierra Parda?

—Sí. Las conoce.

—Entonces, está claro que el contrabando existe y es dirigido desde Puerto Caribe, ¿no?

—Así es.

Sacudí la cabeza.

—Luego salta a la vista que sabe usted tanto como Castillo. ¿Para qué voy a molestarme visitándole si la tengo a usted aquí?

Avanzó dos pasos hacia mí, llamaron sus verdes ojos coléricos. Su seno

latía descompasadamente bajo el tenue vestido.

—De acuerdo, señor Dennison —dijo, al cabo de unos segundos de penoso silencio—. Eche a perder su única probabilidad de éxito. No se moleste en entrevistarse con Johnny Castillo y malgaste el tiempo conmigo. Pero luego no se lamente cuando regrese fracasado a los Estados Unidos. De mí no obtendrá una sola palabra más. Esa idea de que yo sé del negocio de armas tanto como Castillo es exclusivamente suya, de su portentosa imaginación. Y tan brillante como la de interrogar a Celestino Quezadas o a la Sandoval y hermanos, o pedirle consejo a un teniente coronel demasiado joven e inexperto.

Me pasé una mano por la cara. Necesitaba afeitarme.

—Bien, muñeca. Puerto Caribe no es tan grande como para que le resulte fácil escapar de mí. Irá a charlar un rato con su cantante. Pero si de la entrevista solo saco que una pelea a puñetazos, le juro que usted y yo ajustaremos cuentas. Apuesto a que para entonces no volverá a hacerle una pasada igual a un tipo como yo.

—Muy truculento, muy de película hollywoodense. Un duro de la pantalla. ¿Son esos los métodos de trabajo de un agente especial del F.B.I.? ¿Mostrarse ante las mujeres duro y fanfarrón como cualquier jovenzuelo del hampa? —se echó a reír sin dejar de mirarme con desafío—. No sé por qué sospecho que mi ayuda no le va a servir de nada. Y puntualicemos; no será por culpa mía. Aseguraría, que Johnny Castillo se reirá también de usted como yo lo estoy haciendo ahora.

Inspiré profundamente.

—¿No cree que va demasiado lejos con sus palabras?

—Hombres —musitó despectivamente. Colocó ambas manos en la cintura y echó los codos atrás como para desentumecer la espalda, haciendo que su soberbia figura resaltase rasgo tras rasgo. Sí, señor. Era un demonio de mujer, una pieza de gran calibre. Me miró de reojo, insinuados sus labios en un mohín de burla—. Como investigador y come hombre, señor Dennison, tiene usted mucho, muchísimo que aprender.

La tomé una mano y se la apreté suavemente. Ella se apartó.

—Estoy seguro de que no lo cree así, muñeca —le dije en voz baja y me acerqué otra vez. Volví a cogerla de la mano y acerqué mi cara a la de ella—. No lo cree, ¿verdad?

Una ola de intenso perfume, inquietante, me invadió.

Hizo una profunda inspiración y me dijo:

—Suélteme.

—Primero necesito saber si puedo embarcarme en este asunto.

—¿Otra vez? No le entiendo.

—Me entiendo yo. Siéntese.

—No, muchas gracias. Creo que hemos hablado lo suficiente. Es tarde.

—No me diga que en casa no la dejan salir a estas horas.

—Le he dicho que me suelte, señor Dennison...

La miré en silencio, durante unos segundos. Luego solté su muñeca.

—Está bien. Usted se lo pierde. La acompañaré al menos hasta su coche. He dejado el mío en el mismo aparcamiento.

—Preferiría que no lo hiciera. Quiero caminar un rato sola y tomar el aire.

—¿Realmente quiere marcharse?

Sonrió. Su peligrosa sonrisa.

—Sí.

No la miré ahora.

—¿La veré mañana?

—Tal vez. Pero no intente buscarme. Ya lo haré yo, si es absolutamente necesario.

Eché a andar hacia el vestíbulo. La seguí y pude observar a placer su suave contoneo. Abrí la puerta.

—Le deseo suerte —me repitió, ya en el umbral, tendiéndome la mano—. Crea que la necesita de veras.

—Conocerla ha sido un placer —su mano, como un animalito vivo, firme, palpitó entre mis dedos—. Y no lo digo por cumplido, ni siquiera por galantería. Ha sido un verdadero placer...

—Lo sé, señor Dennison —retiró su mano—. Una mujer se da cuenta de muchas cosas. Una de ellas, que a usted le convendría tomar un sedante de cuando en cuando. Adiós.

Ella ya no estaba.

Cerré lentamente la puerta y me apoyé en la hoja, de espaldas.

¿Era el principio de algo? ¿Era el final?

Me hubiera gustado saberlo. Me hubiera gustado saber infinidad de cosas. Entre ellas, qué propósito, el último, el auténtico, había en realidad guiado a Mildred Jones tras mis pasos.

CAPÍTULO III

Me había afeitado y cambiado de camisa. Uno necesitaba docenas de ellas en un lugar como Puerto Caribe.

Llegué hasta el Jardín que rodeaba el “Samoa”, en Cañón Uno, en busca del pequeño “Ford” que allí dejé estacionado.

Una luna llena, muy tropical, flotaba en el estrellado cielo mientras caminaba por el engravillado paseo hacia la verja del aparcamiento. Un coche esperaba allí. Junto a él se veían dos hombres cubiertos con el blanco panamá tan usado en Puerto Caribe.

Los dos eran morenos, delgados y de mediana estatura. En sus labios había una sonrisa cruel, y no necesité la presentación para saber que eran dos asesinos a sueldo.

¿A sueldo de quién?

—Hola, pimpollo —me saludó uno de ellos, acercándose a mí rápidamente—. En cuanto haga un movimiento de más se la gana.

Su compañero se había acercado también, y la luz del farol que iluminaba la entrada se reflejó sobre la pavonada superficie de dos negras “Webley-Scott” del cuarenta y cinco, provistas de aplanado silenciador tipo “Maxim”.

Cubrían sus armas con el otro brazo, gesto inútil por cuanto los tres estábamos solos en la avenida.

Bien. Yo había ido demasiado lejos. Aquello tenía que ocurrir una u otra vez. Allí estaban los tipos con las balas que me iban a matar. Lo harían tranquilamente y luego se largarían en el coche. Era la mar de sencillo. Ni siquiera podía conservar la esperanza de llevarme a uno de los dos por delante, porque, antes de que hiciese un solo movimiento de defensa, ellos tendrían tiempo más que suficiente para vaciarme todo el cargador de sus pistolas.

—¿Les he hecho esperar mucho? —dije por decir algo.

—Cuando vamos de caza, las esperas no nos cansan. Hacen más emocionante el asunto.

Así eran ellos, dos tipos deportistas.

—Creo que cometen un error —murmuré.

—Eso es cosa nuestra, sabueso.

Yo observaba atentamente las dos automáticas que empequeñecían las manos de los pistoleros. Pensé que aquel tipo de pistola “Webley-Scott”, con su largo cañón, que le daba un caricaturesco parecido con las esbeltas “Luger”, procedía de la marina norteamericana. Se necesitaba un acorazado para pasear por el mundo semejantes monstruosidades. Luego

pensé en las balas que disparaban: calibre 45. El mayor que existía.

Un par de balazos a corta distancia, casi desintegraban a un hombre. Sin embargo, eran demasiado grandes y tenían menos penetración que un nueve largo. No iban tan lejos, pero llegaban a todos los puntos importantes.

¿A qué esperaban para ultimarme?

Las “Webley-Scott” estaban amartilladas. A veces, el que empuña una de estas pistolas, con martillo a la visita, se olvida de levantar el percutor. Aquel par de “killers” sudamericanos, no. Cuidaban todos los detalles y no parecían capaces de olvidarse de nada.

Las dos “Webley” seguían apuntadas contra mi estómago. Los dos enormes cañones, en los cuales cabía holgadamente el dedo índice, no se desviaban ni una pulgada.

La calma duró casi un minuto. Luego se oyó en la calle el cerrarse de la portezuela de un coche y, enseguida, la aceleración del motor.

—Ya podemos irnos —dijo el que hablaba como si fuera el jefe.

Di un suspiro de alivio. De modo que no me iban a liquidar allí.

Un tercer portador de “Webley-Scott” apareció ante nosotros. Al contrario de sus compañeros, vestidos con camisas blancas y trajes claros, él exhibía un mambo estampado, de vivos colores. Llevaba la cabeza descubierta.

Dijo algo en castellano que no logré entender. Los otros rieron y me empujaron con sus pistolas hacia el coche. Era un viejo “De Soto” que conservaba todas sus energías juveniles. Me precedió uno de los pistoleros y aguardó dentro, apuntándome siempre con el chisme, hasta que estuve sentado junto a él. Su compañero entró luego por el otro lado, quedando yo entre los dos. El tercer pistolero, el del mambo de colores estampados, se sentó ante la rueda del volante y se encargó de conducir el “De Soto” por las calles de Puerto Caribe.

—¿Es inglés o americano? —me preguntó el jefe del trío de asesinos.

—No me diga que no lo sabe, hermano —le respondí—. En efecto, americano.

—Así me gusta a mí, que no se ablanden —movió la cabeza—. No sabe cuánto lo siento entonces. Hubiese preferido que fuera inglés. No les tengo ninguna simpatía a los ingleses, ¿sabe? Son odiosos.

—También hay americanos odiosos —repiqué yo.

—Quizá haya algunos —admitió el tipo—. Pero los ingleses lo son todos. ¡Condenados bichos!

—Ustedes trabajan para americanos, ¿verdad?

—Le aseguro que no lo hacemos por cuenta de ingleses. Si desea escribir algo para despedirse de alguien puede hacerlo.

—No. Creo que me temblaría el pulso.

—A ver si ahora va a resultar que tiene miedo, sabueso.

Guardó silencio. El otro comentó:

—Lo tiene, es natural. En su lugar, creo que yo también estaría asustado. Pero no debe preocuparse demasiado. Nuestra puntería es excelente y no nos gusta hacer padecer al prójimo. Tenemos mucha práctica en esta clase de faenas y le aseguro que terminaremos enseguida. No notará usted ningún dolor.

—¿Lo sabe por propia experiencia?

Los dos pistoleros que se sentaban junto a mí se echaron a reír. El del mambo estampado, el que guiaba el “De Soto”, volvió un momento la cabeza y preguntó algo en castellano. El jefe le contó lo que yo había dicho y añadió algo referente a la eficacia de los sabuesos del Tío Sam. Ahora rieron los tres.

—No, naturalmente que no —me respondió luego el jefe—. No me han matado nunca, pero cuando uno le da un balazo al corazón de alguien, o al entrecejo, y se le ve caer sin lanzar el menor grito, sin hacer un movimiento y sin cambiar el gestó, entonces puede estar seguro de que el hombre murió sin darse cuenta de nada.

Soltó una risita.

—Infiernos, ahora recuerdo que una vez, este —y señaló con un ademán al que estaba a mí derecha— y yo fuimos a darle el pasaporte a un prójimo que se creía el dueño del mundo, total porque tenía unos cuantos pozos de petróleo. Bien. El muy bastardo estaba pasándolo de miedo con una muñeca escalofriante. Los dos reían por algo que él había dicho. La chica, como era el ricacho quien pagaba el gasto, también se reía. Nosotros disparamos a la vez. Chop-chop-chop. Cuernos, el silenciador es algo estupendo de verdad. El fulano aquel se quedó con la boca abierta, rebosando de risa, y ella tardó casi dos minutos en darse cuenta de que la juega había tocado a su fin. Cuando enterraron al pobre tipo, aún conservaba la cara llena de risa. ¿Qué le parece, sabueso? ¿Cree que si le hubieran dolido los tiros se habría quedado riendo?

—Casi me ha convencido, amigo —sonreí yo—. Pero le juro que me gustaría más librarme de esa experiencia. Yo estoy muy bien así. Si fuese cuestión de dinero, tal vez podría arreglarse. Digo yo...

—¡Oh, no! Lo siento. Nada de dinero. Ni dólares, ni pesos ni nada. Ya nos pagaron por hacer el trabajo y no podemos faltar a nuestro compromiso. Lo ajustamos antes de conocerle, y ahora, por mucho que nos pese, no tenemos más remedio que seguir hasta el final.

—Piénselo. Serían cinco mil dólares. Una fortuna, ¿eh?

—Es inútil, sabueso —el pistolero parecía sinceramente desolado—. Si nos dejásemos convencer perderíamos nuestro prestigio, conseguido a fuerza de honrados años en la profesión, y nuestra clientela. Al fin y al cabo, es nuestro pan de cada día. Los clientes saben que Secundino Morales y sus muchachos nunca estafan a nadie y siempre cumplen

escrupulosamente sus compromisos.

—Sin embargo, yo creo que en mí caso se está cometiendo un error. ¿Por qué no telefonean a su cliente y comprueban si efectivamente es a mí a quién tienen que ultimar?

El hombre sacudió la cabeza y rio.

—No hay error de ninguna clase. Usted es un tal Bruce Dennison, agente federal de los Estados Unidos. Un condenado sabueso al que tenemos orden de silenciar para siempre. El patrón nos acompañó para identificarle.



Estaba ya frío...

Lancé un juramento por lo bajo. Lo tenían todo bien arreglado los muy cerdos.

—Dígame, ¿les proporciona a menudo esta clase de trabajo?

—No puedo contestarle a eso. Compréndalo. Ética profesional. No podemos irnos de la lengua ni ante un condenado a muerte. Lo que sí le diré es que a nuestro cliente no podemos fallarle. Es un tipo poderoso y no solo nos dejaría en paro forzoso, sino que podría enfadarse y hacer que otros nos dieran también un paseo por las afueras de Puerto Caribe. Suponga cómo acabaría nuestra sociedad.

Guardamos silencio durante un rato.

—Me gustaría saber una cosa —les dije.

—¿El qué, compañero?

—¿Por qué no me han registrado?

—No lleva usted armas de ninguna clase. Lo sabemos.

—Veo que están al corriente de todo —suspiré.

Me recosté contra el respaldo del asiento y decidí disfrutar de lo poco que me quedaba de vida. ¿Qué otra cosa podía hacer teniendo contra ambos costados un par de automáticas del cuarenta y cinco?

La luna se había ocultado tras algunas nubes. El paisaje, pues, estaba sumido en densas tinieblas. A mi derecha vi unas cúpulas y palacetes.

—Las tumbas de los “iriguaníes” —me explicó el jefe. Parecía ansioso por complacerme el muy perro—. Quinientos años llevan ya ahí.

—¿Falta mucho?

—No. Dos millas más allá, por este mismo camino. Allí hay un sitio donde nos podremos divertir.

—¿Por qué tan lejos?

—Son las órdenes, sabueso.

—Corriente.

Siguió el viaje.

Los faros del “De Soto” iluminaban los restos de las antiguas edificaciones, que de cuando en cuando, surgían bruscamente de la negrura reinante para ser devoradas enseguida por ella, en cuanto el coche seguía adelante.

Por fin se detuvo y el tipo del mambo apagó los faros. La oscuridad se hizo más intensa que nunca. Al cabo de unos segundos, el que se sentaba a mí derecha abrió la portezuela de aquel lado y bajó del coche. Al mismo tiempo lo hizo el del mambo, colocándose al lado de la portezuela de la izquierda, que aún seguía cerrada.

Pensé que los tres asesinos no descuidaban detalles.

—Ya puede bajar, sabueso —me indicó el jefe—. No intente nada o la diversión se acabará antes.

Descendí del “De Soto” y me encontré frente a la pistola del segundo

pistolero. Oí cómo bajaba el jefe y cómo el conductor se reunía con él.

—Bueno —dije—. Ya hemos llegado, ¿no?

—Un poco más allá todavía —dijo el jefe—. Es para que no quede demasiado cerca de la autopista. No tenga miedo, sabueso. El camino es liso como la palma de la mano.

—¿Tendré que cavar mi propia fosa?

El jefe pareció sentirse ofendido.

—Por favor. Nosotros trabajamos limpiamente, compañero. Por nada del mundo le ocasionaremos más molestias que las Inevitables.

Así era él, un canalla simpático.

—¿Dónde van a colocarme las balas?

—Aldo —me indicó al tipo del mambo estampado— se encargará de darle el pasaporte. Hará un buen trabajo. Le liquidará de forma que parezca un suicidio.

Aldo hizo una mueca.

—Me gustaría más vaciarle el cargador en las tripas —dijo en peor inglés que el otro—. También duraría poco la cosa.

—Eso no nos sirve ahora. Confórmate con levantarle la tapa de los sesos.

Era un diálogo maravilloso. Lo único que se discutía allí era la forma en que debían matarme.

—Si me permiten una sugerencia —dije—, ¿por qué, no lo sometemos a votación?

—Deje de hacer payasadas, sabueso —exclamó Aldo.

Sonreí.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

El jefe miró a Aldo.

—Un balazo en la sien.

Yo indiqué:

—Hace rato que deseo fumar un cigarrillo. ¿Tienen inconveniente en darme uno?

—El condenado a muerte siempre tiene derecho a su último cigarrillo —dijo Aldo riendo en voz baja—. Y yo me pregunto por qué.

—Es la costumbre —explicó el jefe—. Una tradición que data de siglos.

El tercer pistolero dijo:

—Yo he oído decir que en Inglaterra le dan un doble de *whisky* escocés legítimo al reo que va cara a la horca. ¡Diablos, casi merece la pena!

Todo era tan cordial, tan sencillo, y tan amable, que yo me preguntaba si no sería una broma. Pero ¿quién en Puerto Caribe podía desear gastarme una broma semejante?

—Ya hemos llegado —anunció Secundino Morales.

—¿No cree que está demasiado oscuro para que Aldo pueda hacer bien el trabajo? —pregunté, aparentando tener una sangre fría que en modo

alguno tenía.

—No se preocupe. Llevamos una linterna eléctrica para el caso. Si prefiere sus cigarrillos...

—Se me terminaron y no tuve ocasión de reponerlos.

—Está bien. Le daré de los míos.

Aquel tipo, Secundino Morales, el jefe, sacó un paquete de “negros” emboquillados y me lo tendió. La vaga luz de las estrellas me permitía ver las caras y las manos de los tres indeseables. Comprendí ahora por qué en tiempo de guerra los soldados que salen de patrulla en la noche se tiznan el rostro. Siempre lo había considerado como un exceso de imaginación de ciertos novelistas. Ahora, no.

Junto a mí estaba el pistolero que se había sentado a mí derecha en el “De Soto”. Enfrente estaban los otros dos.

Cogí el paquete y saqué un largo cigarrillo. Devolví la cajita y pregunté si podía usar mi encendedor.

—Pues claro —me contestó Morales.

Con todos los músculos en tensión, saqué el encendedor.

Era un buen regalo de cierta admiradora de Nueva York. Do gas. Lo levanté cerrando los ojos, apretando frenéticamente los párpados. Estaba poniendo en práctica una de las lecciones aprendidas en Quantico. Ahora, inclinando la cabeza para que los tres “killers” no vieran mis ojos cerrados, tenía que acercar el encendido mechero al cigarrillo. Mi mano izquierda fingiría sostenerlo mientras la derecha lo encendía.

Di unas chupadas. Tabaco negro, muy fuerte. Noté el calor del humo en las yemas de los dedos que sostenían el cigarrillo. Había temido no acertar con la brillante llama.

Dejé que alumbrara el paraje unos segundos más y luego la apagué de golpe. Abrí los ojos.

De los cuatro, ahora era yo el único que veía algo. Los otros tres tendrían incrustada la llama del encendedor en sus pupilas. No verían más que aquella llamita cegadora. Aposté a que estaban casi ciegos, de momento. Como el que pasa bruscamente de la luz a la oscuridad.

Serían tres, cuatro, cinco segundos y yo tenía que aprovecharlos para intentar salvarme.

¿Qué esperaban aquellos hijos de perra? ¿Qué me estuviese quieto?

Tiré el cigarrillo a un lado y salté hacia el otro, colocándome detrás del pistolero que tenía a mí derecha. Fue a emplear la pistola para cascarme en la cabeza, pero yo le aferré por la muñeca y tiré de él cuando golpeaba con mis rodillas en el duro suelo.

Salió despedido por el aire dando un magnífico salto que hubiera podido calificarle para los próximos Juegos. La “Webley-Scott” quedó en mi poder.

Todo esto había ocurrido en tres cuartos de segundos. Los otros dos

pistoleros aún verían ante sus ojos la llanita de mi encendedor. Pero al oír el choque del cuerpo de su compañero contra el suelo, dispararon instintivamente contra él, creyendo seguramente que era yo tratando de huir por su izquierda.

Los dos fogonazos iluminaron el pedregoso lugar.

Oí un grito de muerte. Acto seguido disparé una, dos, muchas veces. La pesada automática brincó violentamente en mi mano; pero Secundino Morales, el jefe de los pistoleros, y el conductor del coche, el del mambo estampado, fueron lanzados hacia atrás por los pesados proyectiles del cuarenta y cinco, antes de que pudieran rectificar la puntería y volver sus pistolas contra mí.

Me moví fuera del lugar que había ocupado y esperé unos segundos, hasta que se hubieron apagado los ecos de las detonaciones.

Escuché, conteniendo los acelerados latidos de mi propio corazón. Nada. Mis tres enemigos estaban muertos. O lo fingían.

Aguardé unos segundos más. Un minuto entero. Mis ojos se habituaron de nuevo a las tinieblas. Vi en el suelo las otras dos “Webley-Scott”, y sin perder de vista los tres cuerpos tendidos en tierra, las recogí. Morales había dicho que llevaba una linterna. Me acerqué a él y a tientas la encontré en el bolsillo derecho de su americana.

Me aparté un par de pasos, y con la pistola preparada encendí la linterna paseando velozmente su haz luminoso sobre los tres cuerpos. El jefe y el del mambo habían recibido un par de balazos cada uno en la cabeza. Con uno por cabeza hubiese sido suficiente.

No cabía duda de que estaban completamente muertos. El tercer pistolero cuya pistola había utilizado yo, tenía varios balazos en el pecho. Cuatro. Cuatro sangrantes orificios de entrada y un enorme boquete en la espalda, por dónde habían salido. Indudablemente sus dos compañeros habían sido en vida muy buenos tiradores.

Apagué la linterna. Pasada la reacción que me dio serenidad y valor para llevar a cabo todo aquello, sentí las mismas náuseas que me invadieron la primera vez que tuve que matar a un enemigo. Afortunadamente estaba solo y pude calmarlas sin sentirme humillado.

Me limpié los labios con un pañuelo y registré los bolsillos de los dos “killers” a quienes había matado. Algunos pesos, moneda suelta, cigarrillos del país, tres cargadores completos para las “Webley-Scott”. Nada más. Ningún documento o papel interesante.

Dejé todo aquello y conservé únicamente los cargadores. Tiré a un lado las dos pistolas, me quedé con la otra y regresé hacia el “De Soto”.

Me senté al volante y puse en marcha el motor.

—Seguro que no esperabas que fuera yo quien te volviese a Puerto Caribe, ¿verdad? —pregunté.

El coche, naturalmente, no me respondió. Encendí los faros, di media

vuelta sobre dos ruedas y regresé hacia las lejanas luces de la ciudad. Solo me detuve un momento para recargar la “Webley-Scott”, completando con seis cartuchos la carga de siete del cargador, dejando una bala en la recámara, por lo que pudiera ocurrir, y colocando la automática sobre el asiento contiguo, a mí lado.

Cuando llegué al aparcamiento del “Samoa”, me la eché al bolsillo y monté en mi “Ford”.

Allí dejé el “De Soto” y me largué a “La Fiesta”. Tenía que hacerle todavía la entrevista a Johnny Castillo.

Eran entonces las doce y cuarenta y cinco minutos.

CAPÍTULO IV

“La Fiesta” tenía el rótulo en un círculo luminoso, y ocupaba un chaflán importante, a la altura de la calle 30 de Julio.

Era el “night-club” más concurrido de aquella zona. Estaba bien montado, no le faltaban las chicas guapas y sus atracciones músico-vocales muy competentes y famosas. Los clientes de “La Fiesta” sabían además que allí podían encontrar legítimo *whisky* escocés, ginebra holandesa, brandy español, champaña francés y *vermouth* italiano. Todo puro, sin mixtificaciones.

Una mirada me bastó para observar que la concurrencia era muy nutrida, y particularmente, que abundaban en ellas los norteamericanos, soldados y oficiales. Ciertamente, el personal de la base aérea de Palo Verde era numeroso, y sin duda disponía de dólares frescos y de pocos lugares como “La Fiesta” para gastarlos.

La gente bailaba, bebía y charlaba. Me senté en un taburete de la barra. Un tipo de tez aceitunada y patillas largas se me acercó por el otro lado.

—¿Qué va a tomar el señor?

—Ron. Sin soda.

Apareció un maestro de ceremonias bajo un foco de luz anunciando que la dirección de “La Fiesta” tenía el inmenso placer de presentar a la pareja internacional Bob y Annette.

Bailaban bien los muchachos y el público aplaudió a rabiar. Una mano tironeó entonces, inesperadamente, de mi brazo y giré. A mi lado había una morenita prieta de carnes y cuyo ceñido vestido de noche resalta sus numerosas curvas nítidamente. Sonreía golosamente con su boca carnosa, muy roja.

—Hola —dijo.

—¿Cómo estás, encanto?

—La mar de aburrida. Pero las cartas me dijeron que esta noche me encontraría con un buen mozo. ¿Me invitas?

—Claro que sí. Pide.

Lo hizo. Un doble de ginebra. Bebió un trago.

—No te he visto antes por aquí —dijo.

—Apenas salgo de casa.

La morena enarcó las cejas.

—Pues haces muy mal. No siempre se tiene ocasión de admirar a un tipo de hombre como tú. Alto, ancho y guapo. Como a mí me gustan los chicos.

Se inclinó hacia mí, realmente interesada. El vestido tenía un

condenado escote demasiado profundo. Ella lo sabía, pero se inclinó. No llevaba muchas prendas debajo del vestido. Contuve el aliento.

—Si has venido a divertirme, yo puedo ser tu pareja. Te aseguro que lo pasarás muy bien.

—No lo dudo. Me recomendó el local una amiga, ¿sabes? Decía que Johnny Castillo era francamente bueno con el calypso.

—Hoy no actúa.

—¿Descansa?

—Está indispuerto, creo. ¿Mala noticia para ti?

Examiné el contenido de su vaso y ordené al tipo de tez aceitunada y patillas largas que lo volviera a llenar.

—Dime, pequeña; ¿desde cuándo se encuentra mal?

—Desde hoy mismo. Quizá mañana pueda actuar.

Mildred Jones lo sabía todo, excepto aquello. A Johnny Castillo no ese le podía ver en “La Fiesta”. No aquella noche.

—Pero ¿ha venido?

—¡No te digo que está indispuerto!

—¿Y qué? Puede estar afónico y no poder cantar. Pero eso no le privaría de largarse hasta aquí, digo yo.

La morenita se encogió de hombros y su portentoso busto vibró bajo la tirante tela del vestido.

—No me preguntes detalles... Oye, ¿por qué infiernos tienes tanto interés en Castillo? Yo estoy aquí y tengo un montón de cosas.

Las tenía, indudablemente, pero yo no había ido allí para lo que ella creía.

—El caso es que me gustaría verlo, hablar con él.

—Duro con el asunto. Oye, ¿es que eres tonto?

Saqué mi fajo de billetes y aparté diez dólares.

—¿Dónde está Johnny Castillo?

Atrapó los diez dólares y los guardó en el escote. Luego desparramó la mirada por el local. Ya se había terminado el número de los bailarines y se habían encendido las luces.

—¿Ves aquel tipo pelirrojo que está con la morena del cabello largo?

Seguí la dirección de sus ojos y vi a la pareja a que se referí. Ella era una Venus de lustrosa piel, larga y perezosa como una pantera negra, pero llena de vida. Su contorno no presentaba la generosidad de las otras mujeres que había en el local, pero estaba prodigiosamente proporcionada.

Debía resultar una muñeca muy cara. Era jovencísima, quizá no habría pasado todavía de los dieciocho años, pero en sus negros ojos y en su hociquito rosado había tanta experiencia que un hombre no podía dejar de advertirlo. Su cabello, negro como ala de cuervo y muy largo, lo llevaba partido en dos y le caía sin una onda a ambos lados del rostro que parecía casi oculto tras unas sedosas cortinillas.

Él era un tipo alto, hercúleo, de rasgos faciales hermosos y varoniles. Parecía un consumado deportista y tenía las sienes levemente blancas por unas indiscretas canas que no obstante, debían ser de indudable efecto entre las mujeres.

—¿Y bien?

—Franje S. Lemont, treinta y seis años, una pequeña fortuna en pesos y director de la gran orquesta de Johnny Castillo. Son uña y carne. Él es el que ha dicho que su pupilo no se encuentra en condiciones para actuar esta noche.

—Gracias, pequeña.

Le pellizqué la barbilla a la morenita y salté del taburete.

—Hola, Franje —dije al llegar ante la mesa.

Él y la diosa morena me miraron.

—Estoy seguro de no conocerle a usted.

La réplica, en castellano, pronunciado con acento típicamente anglosajón, no había sido amable, pero yo ni me inmuté. Con los ojos fijos en la morena, dije:

—Me llamo Dennison, Bruce Dennison.

Improviseé mi plan de acción sobre la marcha.

—Parece usted el tipo que se siente a gusto en un lugar como Puerto Caribe —dije. Y moví la mano significativamente, señalando a la morena—. Un buen consuelo si se tienen penas, ¿verdad?

La mirada de Franje S. Lemont se avivó.

—Oiga... Meter las narices donde no le llaman puede resultarle muy caro. ¿Lo ha pensado ya, hermano?

—Sí —asentí—. Pero usted no es asunto ajeno para mí —volví a mirar a la diosa morena. Ella rio incitante y me mostró la lengua, en un pícaro gesto de burla. Miré a Franje cuando le sentí gruñir amenazadoramente—. Me interesa usted de manera especial, Lemont. Me interesa usted y ese niño bonito de Johnny Castillo.

—Un tipo audaz —comentó la morena.

Yo reí.

—Usted también es interesante, nena.

Franje lanzó una exclamación poco académica.

—Ella está conmigo. ¿O es que no se ha dado cuenta todavía? ¿Qué es en realidad lo que quiere?

—Apuesto a que le gustaría una gira por los Estados Unidos.

—Y la luna también.

—Yo hablo de realidades, Lemont. Dólares, montones de dólares para usted y su pupilo.

—¿Cómo? ¿Vendiendo secretos militares a los rusos?

Era ella la que había hablado. Franje golpeó con fiera suavidad su mano morena.

—Tú a callar, paloma. Deja que se explique.

Respiré profundamente.

—Si lo desea, usted y Johnny Castillo pueden salir de “La Fiesta” con un contrato para la cadena de clubs nocturnos “Avery and Company”. Soy, digamos, su cazador de estrellas. Una fortuna en dólares y fama mundial, quizá el cine. ¿Qué le parece?

Sonrió con astucia y me preguntó burlonamente:

—¿Conque cazador de estrellas de “Avery and Company”? Y las busca aquí, en Puerto Caribe. Vamos, amigo. A otro perro con ese hueso.

—Conozco mundo, Lemont —dije fríamente—. Puerto Caribe es mi última escala en mi viaje de regreso a los Estados. Vengo de pasar mis vacaciones en Río. Presencí por casualidad una de sus actuaciones en “La Fiesta”. Buena, francamente buena. Me gustó y la consideraría una buena adquisición para la “Avery”.

La morena volvió a reír. Lemont le lanzó una mirada asesina y ella enmudeció.

—Usted no sabe lo que dice, amigo —ahora ya no había burla en mi interlocutor—. Yo soy solo el director de la orquesta de Johnny Castillo, el que hace sus arreglos y dirige sus ensayos, pero nada más. ¿Usted comprende? Es él quien decide si hay que ir a este sitio o al de más allá. Es, en una palabra, el jefe. Si quiere contratamos hable con él y entonces veremos. Yo solo puedo aconsejarle aceptar o no un contrato. La decisión queda a cargo de él. Háblele.

—He venido con ese propósito, pero me han dicho que usted ha corrido la voz de que se encuentra indispuerto. He intentado solamente ganar tiempo.

—¿Y conmigo precisamente?

—¿Le sorprende?

—Siempre me sorprende que tipos como usted sean tan cándidos e inocentes. ¿Cree que Johnny está realmente indispuertos? Si no actúa hoy es porque no le da la real gana. Tiene un plan con una chica excepcional. Puro capricho. Además cuenta con la persona que le permite guisados de esta clase y de la que depende en mucho que Johnny acepte o no su proposición. Y apuesto a que esa persona no querrá.

—¿Y es?

—Sócrates Aristóteles Toeorenkopulos.

—Un nombre demasiado largo y que no me dice nada.

—¿Ah, no? ¡Entérese, pues! Es el dueño total, absoluto, de “La Fiesta”. Contrató a Johnny durante nuestra última jira por Méjico. El muchacho empezaba a despuntar ya y el griego le dio el empujón que faltaba.

—El contrato que yo ofrezco, repito, representa una fortuna, un capital. La cadena “Avery” es una de las más poderosas de los Estados.

—Yo no sé nada. Eso es cosa de Johnny.

—Lo haré así; hablar con él. Pero usted, Lemont, tendrá una prima del seis por ciento sobre la cantidad que firme Johnny Castillo si logra convencerle para que eche la firma en mi contrato.

—¿Habla por hablar o completamente en serio?

—Completamente en serio, Lemont. Usted ha dicho que Johnny le toma por consejero. No dudará en hacerlo esta vez también.

Rio ásperamente.

—Usted no conoce a Toeorenkopulos.

—El seis por ciento para usted si el contrato se firma —insistí.

Lemont se frotó una mejilla, pensativo. La diosa morena habló otra vez:

—Será un buen pico, Franje.

—Déjame pensar, paloma —Lemont encendió un cigarrillo, le dio dos chupadas profundas y dijo—: ¿Cree usted que podrá vencer el poder del griego multimillonario?

—Estoy decidido a todo con tal de conseguir la firma de Johnny Castillo. Dígame, ¿a dónde tengo que ir para hablarle esta misma noche?

—¿Esta noche? ¿Por qué no mañana, de día?

—Me esperan en los Estados, Lemont. Y recuerde; hay tur seis por ciento para usted.

—Diablos, está bien. No necesita recordármelo tanto.

—¿Dónde lo encontraré? Si es cierto que no está indispuesto y que está de juerga, ¿dónde lo encontraré?

—En su casa. Un *bungalow* de la calle General Florencio Valverde, 213. Pero le advierto una cosa; a Johnny no le va a gustar mucho que usted le interrumpa la fiesta para hablar de negocios.

—No se preocupe, no pasará nada.

—No sea tan condenadamente optimista —dijo—. Usted no sabe quién es Johnny Castillo cuando intentan interrumpir su intimidad. Sépalo, amigo. Johnny tiene dos sesiones diarias de gimnasia, es cinturón negro de judo y su pegada de izquierda no la iguala ni el mismo Patterson.

—Lo tendré en cuenta.

—¡Maldita sea! ¿De qué pasta está hecho usted? No ha visto, no conoce a Johnny. Físicamente es lo más alejado de un cantante. Tendrá su estatura y tiene pólvora en las venas en vez de sangre. Añada a este coctel lo anterior y recapacite.

—No puedo esperar, Lemont. Por cierto, ¿está usted mucho tiempo en Puerto Caribe?

—Lo suficiente, creo.

—Eso no me dice nada.

—Tampoco quiero decirle más.

—De acuerdo. Vea si puede decirme algo de esto: ¿quién es Mildred Jones?

Mi pregunta, totalmente inesperada para él, le hizo enderezar

bruscamente la cabeza. Una expresión de recelo se extendió acto seguido por su bello rostro.

—¿Mildred? ¿Qué tiene ella que ver con esto?

—Eso usted sabrá. La he conocido esta misma noche y hemos hablado de pasada sobre Johnny Castillo. Me pareció advertir algo particular en ella.

Lemont soltó una risita.

—Es otra de las manías de Johnny. Y no puedo con él. Colecciona chicas bonitas como quien colecciona postales. Ella, Mildred Jones, fue su pasatiempo favorito de principio de temporada. A la chica no le gustó que Johnny le diera con la puerta en las narices y se enfadó. Pero eso a Johnny le tiene sin cuidado. ¿Comprende ahora?

—Desde luego. Pero ¿qué hace ella ahora? ¿A qué se dedica?

—¿Usted qué cree?

—Hombre, yo...

—Supongo que habrá encontrado a otro.

—¿Sí?

—No sé. Alguien —se encogió de hombros—. Yo solo me entero de lo que se relacione con “La Fiesta” y nuestra actuación. De lo demás, ni idea.

—Me gustaría comprobar eso, Lemont —dije yo, lentamente—. Y mi interés por esa chica no es profesional.

—No creo que le cueste mucho informarse sobre la Jones. Es extranjera como nosotros. Inglesa, creo. Pero sospecho, amigo, que a usted no le sienta nada bien el trópico. No, no le sienta bien.

—Es posible.

Pagué lo que debía en la barra. Vi a la morenita de antes muy amartelada con un muchachote rubio de la base de Palo Verde. Le hice un saludo con la mano a la morena de Lemont y ella me respondió ante la mirada iracunda de este.

Salí de “La Fiesta” y volví junto al pequeño “Ford”, que Elmer Davidson había puesto a mí disposición mientras estuviese en Puerto Caribe. Lo puse en marcha y pisé de golpe el acelerador. El aire fresco que entró por la abierta ventanilla me hizo mucho bien.

Mientras me dirigía a la calle General Florencio Valverde pensé en el desconocido cliente de Secundino Morales y su gente.

¿Qué oculto motivo le había movido para enviarme a los tres asesinos?

CAPÍTULO V

Reduje la velocidad del pequeño “Ford”, preguntándome, por primera vez desde que todo empezó, desde que Mildred Jones entró en mi habitación del “Hotel Nacional”, si estaría obrando cuerdamente. Tenía la vaga impresión de que no seguía el buen camino, porque era un camino demasiado llano, y si la mitad de las promesas de la pelirroja se cumplía, demasiado recto.

Yo sabía por experiencia que los caminos llanos y rectos suelen conducir al fracaso el setenta por ciento de las veces; el veinte conduce a la fosa. No había, pues, más de diez probabilidades contra cien de que la historia desembocara en un final feliz.

Eché mis cuentas mientras el coche avanzaba a través de las avenidas, desiertas a aquellas horas. Solo el continuo ronroneo del motor ponía una nota de vida en el espeso silencio reinante.

Un diez por cien.

No había pensado en ello hasta entonces. Salvado el bache de Secundino Morales y sus hombres, lo demás era demasiado fácil. Continuaban siendo diez probabilidades contra cien.

Fue necesario un escalofrío para recordármelo. Un escalofrío. Lo mismo que uno siente al darse cuenta de que la muerte está echándosele encima.

¿La muerte?

Sonreí. No tanto.

Y sin embargo, era cierto que un extraño presentimiento, una intuición de muerte, semejaba deslizarse conmigo avanzando también a medida que el “Ford” ganaba terreno.

Consulté mi reloj.

Eran las catorce horas veinticinco minutos. Esperaba no tener que sacar a Johnny Castillo de la cama o interrumpir su idilio. Deseaba exprimirle al muchacho su jugo, el jugo de que la pelirroja Mildred me había hablado, pero no jugarle una mala pasada.

General Florencio Valverde. 213.

El *bungalow*. Allí mismo.

Había un pequeño jardín, muy bien cuidado, rodeándolo. No había cerca de ninguna clase. El paso era, pues, franco desde la avenida. Una luz permanecía encendida en alguna de las habitaciones. El resplandor se colaba a través de las persianas de las ventanas.

Tras haberme bajado del “Ford”, cuando avanzaba ya por el camino de grava que llevaba a la entrada principal tuve otra vez aquella extraña intuición, aquel presentimiento de muerte.

Apoyé con fuerza mi índice en el timbre. Este sonó, con sordo zumbido. Pero al mismo tiempo, la puerta cedió lentamente a mi presión. Estaba abierta. ¿Era una costumbre de Castillo?

Contemplé perplejo el hueco que se abría ante mí. La luz del porche reveló un pequeño recibidor en sombras. Al fondo, una luz eléctrica, con pantalla roja y amarilla, brillaba en un gabinete. Solo que esa luz estaba caída, lo mismo que la pantalla protectora. La claridad, llegando con fuerza del suelo, iluminaba extrañamente los muebles, cuadros y adornos, proyectando sombras alargadas hacia el techo.

Vacilé. Pero apenas unos segundos. Luego me resolví a entrar, sin más rodeos.

Crucé el vestíbulo en sombras y pisé una gruesa alfombra de espuma en la sala. La lámpara caída era de pie. Esposaba bajo la reproducción de un Picasso. Más allá, era una silla la que yacía volcada. Un poco más lejos, un alto vaso de licor. La cucharilla larga continuaba en la alfombra; los cubitos de hielo debieron licuarse mucho antes, y el licor, verdoso, dejó una fea mancha donde se secó.

La mancha que dejó Johnny Castillo era, sin embargo, mucho menos agradable y más oscura. Le había salido del pecho, sobre el corazón.

Un balazo, un simple, pero certero balazo.

Johnny Castillo no tenía buen aspecto con los ojos desorbitados, las manos agarrotadas y el pecho bañado en sangre. La muerte le había sorprendido en pijama y afeado su rostro, rígido completamente.

Al principio, no pensé sino que la muerte, cuya presencia había intuido durante el trayecto, acababa de anticipármese. Era una pena. Johnny Castillo cantaba bien. Parecía imposible que un hombre como él fuera a morir a una ciudad tórrida y primitiva como Puerto Caribe.

Me arrodillé junto a él y le toqué. Estaba ya frío.

Me levanté lentamente y miré en torno. La mano de un artista había amueblado y decorado aquella pieza. Era un buen lugar para vivir, no para morir; para amar y beber, no para exhalar el último suspiro sobre la alfombra.

Beber...

Sentí la imperiosa necesidad de beber.

El mueble-bar estaba junto a una radiogramola. Cogí un vaso y una botella de *whisky*. Lo llené hasta el borde. Parte se derramó inevitablemente sobre la alfombra. Tomé un sorbo. Estaba caliente. Le faltaba hielo.

Busqué la cocina. Mi mente estaba como paralizada. Decir que el hallazgo del cadáver de Johnny Castillo me había sorprendido hubiera sido mentir, por que durante los anteriores minutos presentí que algo parecido ocurriría. No obstante, el hecho exigía una reflexión que yo no había podido dedicarle.

Me daba apenas cuenta de dos cosas. Primera: que el asesinato de Castillo zancadilleaba mi trabajo desde el primer paso efectivo. Segunda: que Mildred Jones me había colocado sobre una buena pista. A pesar de todo, una muy buena pista. Porque de no haber sido tan importante Johnny Castillo, tan pieza clave como la pelirroja me aseguró, ¿le habrían silenciado antes de que yo pudiera cambiar una sola palabra con él?

Mildred afirmó que Johnny sabía mucho, que yo podía sacarle mucho jugo al asunto exprimiéndole convenientemente. Su muerte, entonces, significaba que sabía demasiado...

La cocina también era un portento de amueblado y decorado. No presté más atención que a la frigorífica. Así la manija y abrí la puerta.

Entonces vi, por segunda vez en la misma noche, a Mildred Jones.

Pese a mí autodomínio, no pude evitar que el vaso se me escapase de la mano y se quebrase en el suelo, en mil pedazos.

Mildred Jones estaba allí, acurrucada extrañamente, con una mueca de espanto inenarrable en el bello rostro, los verdes ojos vidriosos. Igual que Castillo, tenía el pecho bañado en sangre a causa de un balazo en el corazón.

Súbitamente, el cuerpo de la pelirroja se venció hacia adelante.

Alargué los brazos, pero ya era tarde. El hermoso cadáver chocó contra las baldosas de la cocina con sordo rumor.

La sed se me había quitado de golpe.

Mildred Jones ya no volvería a provocar miradas incendiarias y expresivos silbidos a su paso. Ella, precisamente ella, me había deseado suerte. Y ahora estaba muerta, allí mismo, precisamente en casa de Johnny Castillo, el hombre al que ella aborrecía.

Allí, ¿por qué?

Reflexioné sobre todo aquello. Secundino Morales y sus hombres, muertos. Johnny Castillo, muerto. Mildred Jones, muerta.

La muerte elegía sus víctimas con increíble rapidez...

Regresé a la salita de estar, pensativo. La conexión entre los sucesos parecía evidente: Johnny Castillo se cansó de Mildred Jones y la echó de su lado de mala manera. Pero debía estar relacionado de algún modo con el contrabando de armas para los revolucionarios de Sierra Parda, y Mildred lo supo. Entonces, y para vengarse de él, se puso en contacto conmigo y me indicó la pista a seguir.

Sí, muy bien. Podía haber sido así. Pero ¿quién puso a ella sobre mi pista? ¿Quién le contó todo lo referente a mí y a mi misión en Puerto Caribe?

Me detuve sobresaltado cuando vi que había alguien más en la sala donde reposaba el cadáver de Johnny Castillo.

Eran cuatro hombres. Tres de ellos vestidos con el uniforme de policía metropolitana y armados con revólveres de reglamento. El otro vestía de

paisano y no empuñaba arma alguna.

Parecía una mosca en un vaso de leche, tal era el contraste que hacía su tez morena, intensamente morena, con el sombrero, traje y zapatos blancos que lucía. Pestañeó.

—¿Quién es usted?

—¿Y usted? —inquirí yo a mí vez.

—Segundo Vásquez, del Departamento Central de Policía. ¿Le sirve?

—Su carnet.

El hombre lanzó una maldición en castellano, pero logró contenerse. Sacó una cartulina azul. No la miré siquiera. Había querido provocarle tan solo. Fue una necesidad.

—¿Va a decirnos ahora quién diablos es usted?

—Bruce Dennison.

—¿Nacionalidad?

—La que usted ya ha supuesto: norteamericana.

—¿Reside en Puerto Caribe?

—No. Estoy de paso.

Los tres policías uniformados continuaban con sus armas centradas sobre mi cuerpo. No miraban el cadáver de Johnny Castillo. Segundo Vásquez dijo:

—Tendrá que darme su pasaporte, Dennison.

Se lo entregué con una sonrisa insultante. Bufó, pero no dijo nada más de momento. Ojeó mi pasaporte detenidamente. Quise ayudarle.

—No va a encontrar nada ahí que tenga alguna relación con la muerte de ese hombre —me abstuve de señalar el sangrante cadáver—, si es eso lo que busca.

—Aquí dice que es usted experto en seguros.

—Sabe leer bien, Vásquez.

—¡Maldita sea! ¿Fue usted quien dio el aviso?

—Yo no he dado aviso alguno. ¿Qué pasa?

—Tendrá que explicarme el motivo, la causa de su presencia en esta casa, Dennison —hizo una seña a los policías—. Tú, Bernardes, y tú, Victorio; pegad un vistazo por ahí. Benestante —era el más alto de los tres—, que se quede aquí por si acaso.

—Que no se olviden de la cocina —dije entre dientes. Y puntualicé—: Cerca de la frigorífica encontrarán algo.

—¿El qué?

—Ya lo verán.

Lo vieron enseguida.

—Hay una mujer, una pelirroja —anunció uno con el pulgar levantado hacia el interior de la pieza—. Con un balazo en el pecho como el pobre tipo ese. La frigorífica está abierta.

—La encontré dentro de ella —expliqué—. Fui en busca de hielo para

tomarme una copa y...

El otro agente intervino ahora.

—Vásquez —dijo—, yo conozco a esa chica. La conozco, palabra. No sé su nombre, pero la conozco.

Segundo Vásquez salió en dirección a la cocina, sin pronunciar palabra alguna. Cuando volvió, un poco pálido, yo me senté en uno de los sillones de la sala tranquilamente. Me miró e hizo una mueca.

—¿Quién es ella?

—Se llamaba Mildred Jones —le contesté—. ¿Aclaro de una vez mi posición y me marchó a casa?

—Usted es un tipo tranquilo, de sangre fría. ¿Quién es en realidad? No da usted la medida de un experto en seguros.

Enseñé los dientes en una sonrisa.

—¿Desea o no desea tomarme declaración?

—Venga, escupa lo que sea. Lo comprobaremos todo después.

Yo ya tenía mi historia preparada. Se la solté.

—A la pelirroja la conocí en la calle. Ya saben, un encuentro fortuito, unas disculpas... En fin, que acabamos por ir a tomar un trago a la habitación de mi hotel. El “Nacional”, en la Avenida del Palmar.

—Nací en Puerto Caribe, Dennison. Ahórrese esos detalles minuciosos.

—Hablamos y ella dijo que iría a cambiarse y que nos veríamos una hora después en “La Fiesta” para oír al inefable Johnny Castillo, su atracción. No la vi en el local y el cantante no actuaba esta noche. Franje S. Lemont, el director de su orquesta, me dijo que estaba indispuerto. Hablamos de la Jones y resultó que ella y el muchacho eran muy buenos amigos. Decidí pegar una vuelta por aquí cuando Franje me dio la dirección. He visto lo que ustedes, sentí una gran necesidad de beber y busqué el hielo en la frigorífica. Encontré a la chica allí. Se desplomó luego sobre el suelo. Vine hacia aquí, les encontré a ustedes y eso es todo.

—¿Eso es todo? ¿Nada más?

—¿Qué más puede haber?

—Su explicación suena, ¿cómo diría yo? suena a fantástica, irreal, falsa... Hay varios fallos, varias lagunas en el relato. No lo admito, Dennison. Tendrá que buscarse otro más veraz y asequible.

Inspiré profundamente.

—De acuerdo. Coja el teléfono, Segundo, llame a Fulgencio Robles y mencióneme mi nombre. Menciónese lo tan solo y verá.

—¿Habla del comisario general Robles?

—¿De quién si no?

—Poco respeto tiene usted, como todo norteamericano. Los dueños del mundo, ¿eh? Una base aérea, la de Palo Verde, en Puerto Caribe, no quiere decir que el país sea suyo. Y sin embargo, actúan usted y sus compatriotas como si lo fuera.

—¿A qué viene ahora esa tontería? Llame a Robles.

—¡Llame a Robles, llame a Robles! ¿Sabe lo que le digo? Rece por que el señor comisario general —y subrayó bien estas últimas palabras— responda por usted. De lo contrario, le juro que cuando salga de aquí hablará de nosotros con menos desprecio.

—Llame y deje de desbarrar.

Lanzó un bufido y de modo muy resuelto descolgó el teléfono. Marcó un número.

—¿Hola? Detective Vásquez al habla. Sí. Póngame inmediatamente con el comisario general. ¿Cómo...? Muy bien, espero.

Pasó un minuto. Luego:

—¿Comisario general? Señor, lamento tener que importunarle a esta hora... ¿Quién? Detective Vásquez, Homicidios... Señor comisario, tenemos aquí a un extranjero, un norteamericano... ¿Cómo? Ah, sí. Bruce Dennison, experto en... Sí, señor comisario. Al momento, señor comisario —me tendió el aparato—. Quiere hablar con usted.

Abandoné la butaca y tomé el tubo.

—Dennison al habla.

—¿Ocurre algo ahí? —la voz del comisario Robles era incisiva, cortante.

—Mucho. El cantante de “La Fiesta” Johnny Castillo, y una tal Mildred Jones, están muertos con un balazo cada uno en el corazón. He coincidido con Vásquez y sus hombres en el escenario del crimen. General Florencio Valverde, 213. Hable usted con Vásquez, Robles, y convénzale para que me deje marchar.

—¡Un momento, Dennison! ¿Ha dicho Mildred Jones? ¿Una pelirroja?

Se había sobresaltado.

—Sí. Pero oígame bien, Robles, no sé una palabra de todo esto —recordé a Secundino Morales y pensé que era mejor guardar silencio hasta el momento oportuno—. Vásquez le informará a usted detalladamente, yo ya estoy aquí de más. Me encontrarán en el hotel.

—Oiga, Dennison, ¿no se ocupaba usted de...? ¿No me dijo que...? ¡Mil diablos!

—Dispénsame de darle explicaciones, Robles. Por favor. Ya nos veremos mañana.

Su voz sonaba más ronca que de costumbre.

—Parece como si estuviera viviendo una pesadilla. ¿Mildred Jones y Johnny Castillo? Y ahí... ¡Es abominable! ¡No alcanzo a comprenderlo!

—Háblele a Vásquez, Robles. Yo me retiro.

Le entregué el teléfono a mí vez al detective.

—Apáñeselas usted con él, Segundo.

—Vásquez al aparato, señor comisario —dijo cuando volvió a colocarse el tubo sobre la oreja—. No, señor comisario. En absoluto. Fue un anónimo y no se mencionó para nada el doble crimen. Una persona, voz de hombre.

Dijo que aquí ocurría algo anormal y vine yo con tres de los muchachos... ¿Qué informe al inspector Della Croce? De acuerdo, señor comisario. Llamaré ahora mismo. ¿Referente al señor Dennison, qué...? Perfectamente. A sus órdenes, señor comisario.

Depositó el tubo en su soporte y se volvió.

—Puede largarse, Dennison —dijo—. El inspector Della Croce decidirá más tarde lo que debe hacerse. Si necesitamos algo de usted le llamaremos al “Nacional”, ¿no es eso?

—Sí, al “Nacional”. Celebro, Segundo.

—Yo, no.

Lo sabía, pero me encogí de hombros. Había cosas más importantes que la mayor o menor animosidad de un detective de la Policía. Allí quedaban dos cadáveres ensangrentados que, horas antes, habían sido un hombre y una mujer plétóricos de vida.

Y yo me preguntaba una y otra vez: el doble asesinato, ¿era consecuencia directa de mi investigación acerca del tráfico de armas o se trataba tan solo de una coincidencia? ¿Había debajo de todo aquello un cúmulo de sucias, mortíferas pasiones, que no había salido aún a flote? ¿Era esto? Y Secundino Morales y su gente, ¿cómo encuadraban en el juego?

Mientras atravesaba el jardín camino del Ford, me dije que necesitaba conocer mejor la vida, vicios y virtudes de Mildred Jones y Johnny Castillo. Quizá no lograra otra cosa que meterme en un problema ajeno por completo a mí misión. Pero también era posible, mucho más posible, que llegara de esta manera a descubrir quién en Puerto Caribe enviaba armas de fabricación norteamericana a los rebeldes comunistas de Sierra Parda.

Era un condenado embrollo aquel. Y no tendría solución en tanto no ampliara mi precaria información.

Había alguien, una persona concreta, que podía ampliármela: el hombre que había avisado a la Policía de que algo anormal ocurría en el “bungalow” de Johnny Castillo.

¿Fue él, el propio asesino? Y si lo fue, ¿con qué fin, con qué propósito avisó? Claro que también el anónimo informante podía haber sido alguien que visitó el lugar después del asesino y antes que yo.

De todas formas y fuera como fuese, me hubiera gustado conocer a aquel hombre.

Aparqué el “Ford” en la playa de estacionamiento del “Hotel Nacional” y subí a mí habitación. Cuando abrí la puerta, con lo primero que me tropecé fue con el negro hocico de una «Luger». Luego alguien me golpeó con fuerza, cuando intentaba revolverme en el umbral, haciéndome rodar por el centro de la estancia.

CAPÍTULO VI

Durante quince minutos hice de balón de entrenamiento para unos cuantos individuos cuyo número no pude calcular, como tampoco el de los golpes que recibí.

Al terminar tenía un ojo hinchado, los labios rotos, los costados de corcho y un par de dientes bailándome de modo estremecedor en las encías, además de un más que regular corte en las mejilla izquierda.

—Bueno —dijo de pronto una voz—, ya podéis largaros, muchachos.

Me quedé solo con uno de aquellos tipos.

Sabían lo que se traían entre manos. En tanto duró la monumental paliza que me había dejado en el suelo convertido poco menos que en un guiñapo, no habían pronunciado una sola palabra ni hablado nada que pudiera delatar su presencia o su identidad por la voz. Y me habían arrebatado además la “Webley-Scott” del pistolero Morales.

Miré al individuo.

Era una mole de cien kilos de peso, y casi dos metros de estatura, capaz de partir un riel de ferrocarril a mordiscos. Su cabello era rubio como el oro y sus ojos muy azules. Tenía la clásica apariencia del cargador de muelle y me apuntaba con la «Webley-Scott» en una mano y el cigarrillo en la otra.

—¿Tiene ya bastante, míster? —preguntó.

—¿Quién es usted? —inquirí con dificultad a través de mis agrietados labios. Notaba en mi boca el gusto cálido y salino de la sangre.

—Uno a quién le interesa saber cosas. Me llamo Mac Creedle.

Traté de encogerme de hombros, pero un vivo dolor en el omóplato izquierdo me lo impidió. ¡Los muy cerdos! No habían dejado región de mi anatomía sin su golpe correspondiente.

—Pierde el tiempo, marrano —contesté, calculando las posibilidades que tenía de arrojarle sobre el tipo y desarmarle con éxito. No tenía ninguna, por lo que hube de contentarme con seguir sentado en el suelo.

Mac Creedle se restregó el poderoso mentón con el punto de mira de la pistola.

—Otra palabra insultante como esa y le echo a perder, míster —dejó pasar unos segundos para que yo asimilara bien el significado de sus palabras y me soltó a bocajarro—. ¿Qué le contó Mildred?

—¿Quién es Mildred?

—¡Déjese de payasadas, se lo advierto! —contestó con violencia—. No he venido a deleitarme con su ingenio, ¿estamos? Procure imaginar lo que pinto aquí y hablemos claro.

—No tengo imaginación, marrano.

El muy bastardo me golpeó con la culata del arma en un hombro. Contuve a duras penas un gemido.

—¿Cuándo le ha visitado la pelirroja? —barbotó.

Yo estaba desarmado frente a un tipo que, a buen seguro, no atendería a razones. Sin embargo, me di cuenta de que su propósito no era liquidarme, como Morales y sus muchachos, no. Entonces, empecé a tener una idea sobre quién le enviaba. A buen seguro que no era el mismo que había pagado a Secundino Morales. ¿Entonces?

Comprendí que las cosas se pondrían muy feas para mí si no modificaba ligeramente mi actitud con el “docker”.

Le contesté:

—Si se refiere a la señorita Jones, habló conmigo después de la cena.

—Le contó algo interesante, muy interesante. ¿Qué fue?

—Lo sabe usted tan bien como yo, Mac Creedle. De lo contrario, no sostendríamos esta entrevista.

—¿Qué sandeces está diciendo, míster? ¿Está tratando de ganar tiempo?

—No. Son realidades.

—Muy bien. ¿Repito la dosis? —se refería a golpearme de nuevo con la “Webley-Scott”. Moví la cabeza lentamente, de un lado para otro.

—Volvamos, ¿qué quería Mildred de usted?

—Alegrar un poco mi estancia en Puerto Caribe.

—Le he dicho antes que no haga el payaso. ¿De qué hablaron?

—Me recomendó un local. “La fiesta”. ¿Por qué pregunta lo que usted y su patrón ya saben? Toeorenkopulos no puede haberle ordenado hacerme esa clase de preguntas tontas.

Era un tiro al azar, pero di en el blanco de lleno. Mac Creedle no alcanzó a sofocar su momentánea sorpresa y yo tuve la confirmación de que el multimillonario griego andaba detrás de aquello enviándole para sonsacarme a fondo.

—Déjese de juegos de palabras, míster. Podía acertar con alguna de ellas y costarle caro, muy caro. ¿Qué le dijo Mildred de Johnny Castillo? ¡Condenación! ¿Habré de sacarle el relato a culatazos? Creo que usted no se ha dado perfecta cuenta de la situación. Tengo unas terribles ganas de machacarle a un tipo la cara y desfigurársela para toda su vida. Piense un poco y convenga conmigo que en el momento en que pierda la paciencia, ¡zas! voy y le dejo la cara hecha una lástima. ¿Qué le parece?

—Lárguese —le escupí, impasible—. Lárguese, Mac Creedle, y dígame a ese griego de los demonios que sus métodos son pueriles, que no llegará a ninguna parte empleando tipos de dura mollera como usted y que no tardaré en hacerle una visita de cumplido.

La cara del “docker” se tornó lívida.

—Ah, dígame que también es un maldito marrano.

—¡Se la ganó, mister, se la ganó! —exclamó furioso. Y acto seguido se arrojó sobre mí intentando arrugarme de una potente sacudida con ambas manazas. Y una de ellas todavía empuñaba la pistola.

Lo burlé con un quiebro de cintura y enseguida le machaqué las narices de un directo bien conectado, y antes de que tuviera tiempo de reaccionar, ya me había arrojado sobre él, dispuesto a todo.

Volé por el aire, alcanzándole con la cabeza en mitad del pecho, un segundo antes de que la “Webley-Scott” se le disparase inofensivamente a lo alto. El silenciador “Maxim” amortiguó considerablemente el estampido reduciéndolo casi a la nada.

Mac Creedle exhaló un gruñido y cayó con las piernas por alto. Yo rodé a su lado, alejando de un puntapié la pistola que se le había desprendido de la mano en la caída.

Golpeé aquel rostro, pero hubiera sido lo mismo que pegar a un muro de cemento. Pareció como si solo me hubiera tocado con la mano, pero salí despedido a un lado de pronto, con terrorífica violencia.

El “docker” trató de arrojar sobre la pistola. Pude incorporarme y patearle los dedos con todas mis fuerzas. Arrodillado como estaba, aún encontró modo de tirarme un viaje a la rodilla, lo cual me hizo caer nuevamente al suelo.

Lanzó un gruñido y trató de sacar su “Luger”. Le agarré por el tobillo, tirando hacia atrás con todas mis fuerzas. Me soltó un patadón que si encuentra el blanco interrumpe la pelea de modo fulminante. Sin embargo, a pesar de ello, yo no solté mi presa y le retorcí el tobillo cruelmente hasta que tuvo que abandonar la idea de introducir la diestra en la sobaquera.

Se volvió hacia mí y con el pie libre me soltó otro punterazo en el pecho, que me dejó casi sin aliento. Tuve que soltarle y una vez más volví a caer de espaldas. Entonces se arrojó sobre mí y me largó un directo que impactó en uno de mis hombros, precisamente en el que poco antes me había golpeado con la culata de la “Webley-Scott”, gracias a que supe volverme de espaldas a tiempo. Al hacerlo, reparé en algo: la pelea nos había llevado muy cerca de donde reposaba la pistola. Allí estaba, al alcance de mi mano.

Crispé los dedos sobre la cuadrada culata y girando sobre mí mismo rápidamente, tendido tal como estaba en el suelo, le apunté al rostro directamente, aquel rostro innoble, cruzado por una mueca de odio diabólico.

—Quieto o te rompo la cara de un balazo.

—Maldito oportunista —escupió, pero se estuvo quieto. Me acerqué a él, y cuando menos se lo esperaba, le largué un culatazo al mentón. Soltó una obscena exclamación y cayó con la piel despellejada en el lugar del golpe. Aproveché el momento para despojarle de la “Luger”.

Le ordené ponerse en pie. Cuando lo hizo, le señalé la puerta.

Yo mismo se la abrí.

—¡Fuera he dicho!

—Lo pagaré, míster. Se lo juro. Ya le llegará su hora.

—¡Largo, basura!

Le golpeé en los riñones y le empujé. Luego cerré la puerta, pasé el pestillo y respiré tranquilo.

Sócrates Aristóteles Toeorenkopulos iba a tener muchos dolores de cabeza a partir de ahora. De eso me encargaba yo.

Fui hacia el cuarto de baño, me desnudé a trompicones y enseguida solté el chorro de agua fría.

Media hora más tarde estaba un poco recompuesto, pero mi cara no presentaba ningún buen aspecto después de los golpes recibidos. Necesité un par de tiras de tafetán para las cortaduras, dejando que el tiempo se encargara del ojo y los labios.

Cuando terminé, recogí maquinalmente las ropas que había dejado tiradas en el suelo.

Diablos, el cuerpo me dolía de arriba abajo y de derecha a izquierda.

Cansado pues, derrengado, me tomé un par de tabletas de somnífero y me tumbé en la cama a descansar.

Lo necesitaba.

Della Croce era un hombre de fuerte complexión, algo grueso, pelo castaño y corto, y ojos negros. Ocupaba en el Departamento Central de Policía un viejo y caluroso despacho.

—Siéntese, Dennison —invitó, fijando en mí la mirada inquisitiva de sus ojos negros—. ¿Algo con soda y hielo?

Moví mecánicamente la cabeza denegando. Domingo Della Croce se estaba portando maravillosamente discreto conmigo. Me veía con gafas negras, labios amoratados y dos tiras de esparadrapo en la cara, y no decía nada.

—Necesitaba verle, Dennison —dijo—. Por eso le di recado de que me visitara en el Departamento. Tengo carta blanca del comisario general Fulgencio Robles para entendérmelas con usted, y si no la tuviera, me la tomaría. Celebro que se haya puesto en razón.

—¿Es una ironía?

No se dignó responder. Alzó un índice velloso, grasiento.

—¿Qué es ese disfraz? —inquirió, finalmente.

—Tropecé con un armario.

—Ya. Y yo soy un venusiano en viaje de turismo.

Estuve a punto de decirle que sí, que podría serlo, que lo parecía. Pero contesté:

—Tuve un poco de jaleo.

—Jaleo, ¿con quién?

—Uno que dice llamarse Mac Creedle, rubio, compatriota mío, muy fuerte. Me hizo la visita en compañía de unos amigos.

—¿La juerga fue en la habitación de su hotel?

—Sí. Un rato bastante agradable el que pasamos.

—Lo creo. Pero nadie se ha quejado a nosotros sobre el particular.

—Todo sucedió demasiado rápidamente. Logró solucionarlo, aunque no sin llevarme mi parte.

—Ya lo veo. Usted está complicando mí trabajo, Dennison.

—¿Su trabajo? Supongo que consistía en esclarecer los asesinatos de Mildred Jones y Johnny Castillo.

—Cuenta también con un tal Secundino Morales y dos amigos. Los tres, delincuentes habituales.

De modo que ya habían descubierto los tres fiambres.

—No sé de qué me habla. Nada tengo que ver en este asunto y si estoy mezclado es por pura casualidad.

—¡Y un cuerno es pura casualidad! Usted está practicando en Puerto Caribe una investigación y yo sé cuál es. Esta noche pasada habló usted con Mildred Jones. Luego ha demostrado especial interés por Johnny Castillo. Le han dado sus señas y poco después aparecen los dos, Mildred y Johnny, muertos. Usted estaba junto a ellos en aquel momento.

—¿En qué momento, Della Croce? Especifíquelo y no se equivoque.

—¿En qué momento había de ser, demonios? Vásquez le pilló allí.

—Seguía usted mis pasos, ¿no?

—Me limité a hablar con algunas personas después que Vásquez me transmitió la orden del comisario general para que me encargase personalmente del caso. Precisamente las primeras personas con quienes debía hablar.

—¿Era Sócrates Toeorenkopulos una de ellas?

—Me estoy refiriendo a Franje S. Lemont y compañera.

—Cierto, las señas de Johnny Castillo se las sonsaqué a Lemont. ¿Algo más?

—Mucho, muchísimo más, Dennison. Es la condenada investigación de usted lo que ha provocado los dos asesinatos.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Es que va a discutírmelo, Dennison?

—Si tiene usted la impresión de que procuro salir del paso con evasivas, para no comprometer el secreto de la misión que me ha traído a Puerto Caribe, le ruego, Della Croce, que rectifique. Soy sincero cuando afirmo que nada tengo que ver en esas dos muertes.

Me miró con curiosidad.

—¿Lo dice en serio, Dennison?

—Completamente. Cuando habló usted con Franje Lemont, aparte

mentenarme a mí, ¿declaró el músico algo de importancia?

—No sé a qué se refiere, muchacho.

—Franje me contó la relación que existía entre Mildred Jones y Johnny Castillo. También que hay alguien que tenía a Castillo en el puño.

—Toeorenkopulos, el griego propietario de «La Fiesta».

—En efecto. Todo empezó cuando Mildred Jones me buscó para hablar conmigo extensamente. Estaba enterada del motivo de mi presencia en Puerto Caribe, y me ofreció desinteresadamente su ayuda. Me dijo que una persona podía brindarme la pista que yo andaba buscando. Según ella, tal persona no era otra que Johnny Castillo, un cantante de ritmo moderno. Se negó en redondo a darme otras explicaciones. Busqué pues a Castillo, averigüé sus señas, fui allí, lo encontré muerto y descubrí a la propia Mildred, muerta también, en el interior del frigorífico de la cocina. Esos son los hechos.

Hubo una pausa en la que Della Croce y yo prendíamos sendos cigarrillos. Con la primera bocanada de humo, el policía invitó con brevedad:

—Continúe.

—Desde mi conversación con la pelirroja, durante todo este tiempo he tenido la sensación de que las cosas no eran lo que parecían. Parecía como si me hubieran vendado los ojos o como si alguien muy listo se estuviera divirtiendo a mí costa. Y estoy completamente seguro de que tanto mi investigación como yo mismo, hemos sido elementos puramente accidentales en el doble crimen. Es más, apostaría a que el motivo de este hay que buscarlo en algo que no ha salido a la superficie, algo en lo que Mildred Jones y Johnny Castillo estaban mezclados, algo tan serio, tan grave, qué les ha costado la vida.

Miré fijamente a Della Croce.

—¿Sabe lo que le digo, inspector?

—¿Qué?

—Estoy seguro de que ni Mildred ni Castillo sabían que ese algo, lo que sea, fuera tan grave. La misma Mildred no se daba cuenta de la magnitud del desastre que iba a desencadenar dando aquel paso. Ciertamente mi participación, pasiva en todo momento, precipitó los acontecimientos, pero no fue su causa.

Hubo un silencio durante el que nos observamos los dos a través del humo de los cigarrillos. Finalmente Della Croce declaró:

—Todo eso es muy vago, Dennison. Hablemos con claridad: usted está en Puerto Caribe para investigar por cuenta del Gobierno de los Estados Unidos el escándalo de la captura del convoy de armas modernas en Arena Caliente por tropas leales al presidente Ciriaco Méndez. El F. B. I. se encargó, pues, del asunto. ¿Sabía eso Mildred Jones?

—Sí, y conocía además, perfectamente, las pesquisas que yo había

realizado desde mi llegada al país.

—Y le indicó que visitara a Johnny Castillo. ¿Quería eso decir que el cantante sabría informarle de algo muy importante relacionado con este contrabando?

—Al menos, así lo dio a entender.

—En «La Fiesta», Franje Lemont le dijo a usted que Castillo tenía un amo: Toeorenkopulos. Y que sin él no se atrevería nunca a dar un paso fuese en la dirección que fuese.

—Exacto.

—Bien. Resulta que Castillo tuvo relaciones amorosas con Mildred Jones, se cansó pronto de ella y la echó de su lado. Humillada en su amor propio, la chica quiso vengarse. ¿Cómo? Muy limpio y sencillo. Dirigir las pesquisas del agente norteamericano hacia Johnny. Pero es que hay algo más. Usted, Dennison, piensa que no le movió solo el deseo de vengarse, sino como parte de un plan cuya naturaleza exacta desconocemos. ¿Es eso?

—Lo es. Pero, Della Croce, ¿se ha preguntado usted por qué? Hay un hecho fundamental; Johnny Castillo era prácticamente forastero aquí, llegó de Méjico hace muy poco. ¿Qué podía saber él del contrabando de armas?

—Probablemente no sabía nada.

—Ahí estamos, inspector. Probablemente no sabía nada.

Della Croce tabaleó con los dedos de la mano derecha sobre la mesa.

—¿Y qué me dice de Mac Creedle y compañía? Hábleme de ellos. ¿Qué buscaban, qué querían de usted?

Me encogí de hombros.

—Comenzaron a golpearme nada más entrar en mi habitación. Un cuarto de hora después, los que me habían pegado se retiraron. Mac Creedle se quedó conmigo. Quería saber lo que Mildred podía haberme contado. No sacó nada en limpio y el hombre se empeñó en que hiciéramos “catch” un rato. Luego lo eché a la calle. No parecía muy ducho en la tarea que estaba desempeñando.

—¿Iba armado?

—Por supuesto. Una “Luger”.

—¿Sospecha usted quién le envió? A él y a sus compañeros.

—Usted está pensando hace rato en esa persona.

—Vaya. Suéltelo.

—Toeorenkopulos.

Della Croce carraspeó.

—¿Por qué no había de pensar en el griego? Dennison, es usted quien trata de confundir unos hechos tan claros como la luz del día. Mildred Jones, enviándole a usted tras Johnny Castillo, no hacía más que acusarle muy directamente. ¿Qué podía saber el cantante del contrabando de armas? Nada, efectivamente, salvo que sea el griego el responsable de ese contrabando. Ha sido Toeorenkopulos, o alguien estrechamente ligado con

él, quien silenciado a los dos para siempre. La evidencia no puede negarse, Dennison.

—Espere un instante, Della Croce —levanté la palma de la mano hacia él—. Usted ha dicho que los hechos son tan claros como la luz del día. Veamos eso. Mildred Jones sabía de mi misión y mis pesquisas casi tanto como yo mismo, quizá más. ¿Es eso un hecho claro para usted?

—Dennison, no puede...

—Déjeme acabar —le interrumpí—. ¿También es un hecho claro que en vez de acusar llanamente al potentado griego, dirigiese mis pasos hacia Johnny Castillo?

—Hemos dicho que el resentimiento...

—¡Condenación! No me hable de resentimiento y venganza, Della Croce. ¿Qué mil diablos importaba el odio y el rencor? Suponiendo que Johnny Castillo le mereciese a Toeorenkopulos la suficiente confianza como para ponerle al corriente de sus negocios sucios, ¿acaso el cantante le habría delatado?

—¿Y por qué no pudo hacerlo?

—Eso es ridículo, Della Croce. ¡Fíjese! Toeorenkopulos le había dado el definitivo empujón a la fama y la riqueza sacándole de una modesta jira por Méjico. El muchacho, indudablemente, valía, pero sin el griego no sería, más que un cantante mediocre, del montón. Además, es indudable que el griego le estaba forrando en papel moneda y le permitía ciertas irregularidades y excesos como el no acudir al trabajo por estar con una chica. Protegía la gallina de los huevos de oro, ¿cómo iba a matarla así como así? Por favor, Della Croce, contésteme con lógica a esta pregunta. ¿Qué utilidad tenía enviarme a Johnny Castillo y no directamente a Toeorenkopulos?

—Puede que entre Castillo y su amo se hubieran agriado las relaciones.

—Claro, pueden haber ocurrido muchas cosas según usted. Pero lo evidente es que enviarme al encuentro de Castillo no tenía ninguna utilidad, si acaso una problemática utilidad para mí si sacaba algo del cantante. Por el contrario, debía, es preciso, debía tener mucha utilidad para Mildred. Y la pregunta de ahora es: ¿por qué?

—Todo eso no es más que...

—Realidades evidentes, Della Croce, no lo olvide. Sabría decirme, ¿por qué estaba Mildred Jones muerta de un balazo también en el *bungalow* de Castillo? Mire, Della Croce, esto es mucho más complicado de lo que parece. Anoche, Castillo no asistió a “La Fiesta” alegando estar indispuesto, aunque después Franje dijera que había una cita por medio. Bien, muy bien. Si acaso una cata con la muerte. Concretando; un falso pretexto. ¿Por qué? Fue verdaderamente casual que yo fuera al “bungalow” e incluso que fuera precisamente anoche. No obstante, a la pelirroja y a Castillo los mataron allí. ¿Por qué, Della Croce?

—Trata de confundirme con sus explicaciones, ¿no? Dennison? Sus supuestas...

—No siga —le corté fríamente—. Si lo toma así, acabemos con la conferencia y cada cual a lo suyo. Los dos estamos perdiendo nuestro tiempo miserablemente.

—Usted no puede comprenderlo, Dennison. Yo no puedo tomarlo de otro modo.

Me encogí de hombros.

—¿De veras? —pregunté, sarcástico.

—Para todos, y en especial para mí, Dennison, es preciso que esos dos asesinatos hayan sido cometidos por causa del contrabando de armas. Mildred Jones representaba... Bueno, representaba el afecto más intenso de Fulgencio Robles. ¿Lo comprende ahora?

—¿Cómo? Usted pretende decir que Fulgencio Robles sustituyó a Castillo en el corazón de la pelirroja. ¿Es eso, Della Croce?

—Indudablemente, fue así.

—Pero eso es absurdo —expresé acremente—. Robles es el comisario general de Policía, responsable directo ante el Gobierno del Presidente Méndez.

—Pues así fue, le repito.

—Entonces, quien informó tan detalladamente a Mildred Jones acerca de mí y de mi misión no fue otro que el mismo Robles. Ahora ya sé por qué se puso tan nervioso, tan aturdido, cuando le comuniqué anoche mismo, desde el “bungalow”, que habían matado a la pelirroja.

—¿Lo comprende, verdad? —Della Croce me mostraba las palmas de sus morenas manos—. Yo no puedo tomar sus explicaciones de otro modo. Si cometo un desliz, uno solo, Robles puede hundirme con un simple plumazo. Y amo mi profesión por encima de todo, Dennison. Si efectivamente se oculta alguna intriga del calibre que usted insinúa tras la muerte de la Jones, yo...

—Piense ahora en otra cosa, Della Croce. Piense por un momento en que el propio Robles me envió a la pelirroja para que me informase extraoficialmente de algo que él, oficialmente, estaba obligado a ocultarme. Piense también que la enviase para ponerme de intención sobre una falsa pista. Piense en todo esto, Della Croce, y saque conclusiones. ¿A dónde llega?

—A suponer que el comisario general de Policía es un funcionario sin honor que está traicionando la causa del presidente Ciriaco Méndez.

—O no, Della Croce, o no. Robles puede ser, por otra parte, un magnífico defensor de esa causa, puede estar cumpliendo con su deber, un deber que le obligara a hacerme fracasar en mis pesquisas. Compréndalo. Se me presta, oficialmente solo, ayuda. Todo lo demás son solo sonrisas y frases más o menos amables. En realidad, hay órdenes secretas de

zancadillearme, de ponerme dificultades. Tengo un poco de experiencia en estas cosas y pondría la mano en el fuego a que es así. Su Gobierno no...

Me interrumpí al ver la pétrea expresión que había asomado al rostro grasiento de Della Croce.

—Insinúa que somos nosotros, precisamente nosotros, los más interesados, los que no queremos que estas investigaciones acerca del contrabando de armas tengan éxito alguno. Bien. Usted ha oído hablar de los revolucionarios de Sierra Parda. ¿Sabe lo que representan, sabe lo que pasará si triunfan? Yo sé lo diré. Habrá un nuevo, uno más, régimen social comunista en América, otra base de la U. R. S. S., que amenazará como espada de Damocles a todo el continente. Las consecuencias que para nuestro país esto supondría, puede figurárselas usted, Dennison. Y pretende que seamos nosotros, precisamente nosotros, los que tiremos piedras a nuestro propio tejado.

Hubo una larga pausa entre nosotros que rompí yo finalmente.

—Hablaré con Fulgencio Robles. Mientras tanto, Della Croce, intente encontrar a la persona que avisó a Segundo Vásquez y sus agentes de lo ocurrido en el 213 de la Avenida General Valverde. Podría ser alguien que visitó el lugar del crimen entre la partida del asesino y mi llegada. O también, ¿por qué no? el propio asesino.

—Y usted, ¿qué va a decidir sobre lo de Toeorenkopulos?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Puede presentar una denuncia contra él y sus hombres. Yo me encargaré de meterle mano.

—Sería demasiado cómodo colocarle al griego los dos asesinatos, inspector, a cuenta del contrabando de armas. Ya le digo que tiene que haber mucha basura debajo de esas muertes. Me gustaría saber cuántas personas en Puerto Caribe se están ensuciando las manos con ella.

—No me diga que se ha propuesto proteger a Toeorenkopulos.

—No es eso. Simplemente tengo puesto en él un interés personal.

Antes de salir del despacho del policía, dije:

—Della Croce, olvide mis palabras de antes acerca del régimen de Ciriaco Méndez y su Gobierno.

—Gracias, Dennison.

Y me sonrió abiertamente.

Cuando volví al hotel, el conserje me habló de una visita. Un tal Lemont, Franje S. Lemont. Quería verme, esperó un rato y luego dijo que le llamase por teléfono a dónde se hospedaba. Así lo hice, pero al otro lado de la línea me contestaron que no estaba.

¿Qué querría ahora el músico?

CAPÍTULO VII

Mientras trasponía la grandiosa entrada de la mansión de Sócrates Toeorenkopulos, pensé que el clima infernal de Puerto Caribe comenzaba a estropearme los nervios. No me sentía capaz de resistir por mucho tiempo aquella sofocante atmósfera de baño turco.

Había muchos y muy modernos automóviles en el jardín y del interior, de la mansión llegaba la voz de Frankie Laine. ¿Había una fiesta precisamente allí? Enarqué las cejas. Toeorenkopulos era un tipo singular, muy singular, sí, como parecía, daba una fiesta para celebrar la muerte de su protegido Johnny Castillo. Un hermoso funeral.

Un criado nativo, de blancos cabellos y sonrisa cordial, me recibió.

—Bienvenido, señor —dijo, sin darme tiempo a abrir la boca—. Encontrará a la señorita Paloma en la terraza.

Le miré titubeando. Estuve a punto de decirle que no conocía ninguna señorita Paloma y que tampoco venía a hablar con ella, pero entré en la casa sin replicar.

Dentro, el clima de grandiosidad y magnificencia llegaba hasta la saturación, con auténticos mármoles de Carrara, cuadros de incalculable valor, lámparas, cortinajes, terciopelos... Un sueño para cualquier jovencita romántica y una demostración, una simple demostración de poder para mí.

Y efectivamente, había una fiesta. Pero no de la clase de fiesta que yo hubiera esperado en un potentado como el griego. Era de otra clase, de ambiente juvenil, deportivo, moderno... En fin, muchachos y muchachas vestidos con extravagancia, peinados a la moda, hablando o riendo histéricamente.

En lugar de la orquesta, un monumental “pick-up” de sonido estereofónico, tres altavoces. Ahora cantaba Tommy Steele un “rock’n roll” de mucha intención. En un ángulo de la amplia sala estaba el bar. Un bar tan bien surtido, tan bien instalado, que para sí hubieran querido los mejores “night-club” y locales análogos de Puerto Caribe.

Pocos muchachos bailaban. La mayoría charlaban animadamente con sendos vasos de licor en la mano.

Experimenté una súbita sensación de hastío, un cansancio irritante, exasperante. Iba a retroceder en busca del criado que me recibió, cuando observé que alguien desde la terraza avanzaba a mí encuentro.

Era una muchacha, una jovencita que no necesitaba pedir nada prestado a mujeres como Mildred. Jones.

Alta, rotunda como una Walquiria, de cabello oscuro aunque no negro, y ojos pardos, de suave y acariciante mirada. Estaba lindísima con su

vestidito estampado de flores, que se amoldaba de un modo delicioso a todas las curvas de su cuerpo joven y firme. Era la viva estampa de la primavera con tacones de ocho centímetros de altura.

En inglés, ella me preguntó:

—¿Es usted Mac Donald Clint?

Forcé una sonrisa. Eran cándidos ojos pardos a simple vista, solamente a simple vista. En el fondo había la astucia del zorro, o la penetración del águila, con la ventaja sobre estos dos animales, de que era mujer y apenas si acabaría de cumplir los dieciocho años.

Insistió:

—¿Es usted Mac Donald, el amigo norteamericano de Juanín Valdés? ¿O qué es?

—Si le digo mi nombre, señorita, me van a echar a puntapiés de aquí.

—No. No le echará nadie. ¿Por qué tendrían que hacerlo? A no ser que sea usted un ladrón... Oiga, ¿por qué no me aclara el enigma bailando?

Aparté mi mirada de la suya a disgusto. Miré hacia la terraza.

—Detesto los bailes modernos.

No perdió su sonrisa.

—Yo también, pero no se le ocurra decirlo por allí. Usted no es, no puede ser amigo de ese inepto presumido de Juanín Valdés. ¿Verdad que no lo es? ¿Qué busca?

—A una persona, a una sola. Y aquí hay muchas. Aunque la que busco no está.

—Si no se explica mejor...

—Escuche, señorita, y perdone mi brusquedad: ¿por qué diablos no se va con sus amiguitos y me deja en paz? No he venido a divertirme ni a perder el tiempo con usted. Solo quiero hablar de negocios con el dueño de la casa.

Hizo con su hociquito rosado una “O” única, maravillosa. De buena gana la hubiera besado. Reaccionó:

—Cualquiera de mis amiguitos —y me recalco bien esta palabra— no se hubiese mostrado tan incorrecto. Usted es un...

—No se contenga. Suéltelo y váyase.

—¡Presumido! —encontró al fin la palabra y la soltó—. Eso es usted, un despreciable presumido.

—Muy bien, pequeña. De acuerdo. Ahora lárguese, desaparezca.

Era la primera vez que un hombre, joven también, la hablaba así y no se mostraba impresionado ante su belleza, estaba claro. Disfruté viéndola roja como una amapola, furiosa. Sin embargo, sabía dominarse con facilidad.

—Señor —dijo, ya serena—, si lo que desea es hablar con míster Toeorenkopulos, lo tiene aquí mismo, detrás de usted.

Me volví.

Sócrates Aristóteles Toeorenkopulos era alto, membrudo, y su tez

blanca y el cabello castaño, rizado, demostraban su ascendencia helena. Estaría por los cuarenta y tantos años, y aparentaba lo que era: un hombre de negocios, activo, emprendedor, aventurero. Sus ojos azules me escrutaban con inusitada dureza. Besó a la joven en la frente y le preguntó:

—¿Cómo lo estás pasando, hijita?

—Muy bien, padrino.

Así que ella era Paloma Silvela, su ahijada. Contuve a duras penas un juramento.

—En buena compañía, según veo, Paloma. Yo conozco a este muchacho, ¿verdad, señor Dennison?

—Yo a usted, no.

Paloma hizo un gesto de sorpresa.

—¿Usted, no? ¿Y cómo es que quería hablar con al sin conocerle?

—Su padrino y yo tenemos un negocio entre manos, señorita. Lamento aguar su fiesta, pero quiero hablar un rato con él. Es... absolutamente necesario.

La sonrisa de superioridad que distendía los finos labios del griego, se enfrió un poco. Paloma Silvela también lo notó y escrutó mi rostro con patente curiosidad.

—Podemos hablar en su despacho si lo desea, Toeorenkopulos —dije—. No es mi propósito escandalizar a su tierna ahijada. Apuesto a que ella no le conoce bien.

—¿Qué insinúa?

Había orgullo, rebeldía en la aterciopelada voz.

—Jovencita, celebra usted su cumpleaños o cosa parecida, ¿no es eso? Pues atienda a sus invitados y déjenos en paz.

—¡Grosero!

No la hice ningún caso y seguí a Toeorenkopulos, que había apretado los puños con rabia. Pero, al igual que su ahijada, poseía un fuerte dominio sobre sus nervios.

—¿Qué quiere? —fue lo primero que me soltó cuando estuvimos en el salón biblioteca. Mac Creedle y tres hombres más nos esperaban allí, las manos en los bolsillos de las chaquetas, abultando mucho.

—Sus métodos son harto infantiles, Toeorenkopulos —y miré fijamente al multimillonario—. Y no me gusta que esa basura —señalé a Mac Creedle y sus compañeros— esté tan cerca de mí. Mándelos fuera.

Mac Creedle masculló algo ofensivo e intentó avanzar hacia mí. Su amo le contuvo.

—A callar, tú. Hable, señor Dennison.

—Quiero aclarar unas cuantas cosas con usted. ¿Sabe quién soy y por qué estoy en Puerto Caribe?

—¿Y qué si o sé?

—¿Mató usted, o mandó hacerlo, a Mildred Jones y Johnny Castillo?

Río.

—Oiga, Dennison, ¿qué es lo que espera de mí? ¿Una confesión de doble asesinato? Le creía más listo.

—Espere y verá. Porque su confesión, aunque no lo crea, la tengo ya, Toeorenkopulos.

—No me haga reír.

—No. Es su conducta, Toeorenkopulos, su conducta. Es ello y no otra cosa. Prácticamente es su confesión, por lo menos así opina el inspector Della Croce.

—¿Y usted qué piensa?

—Esas dos muertes me importan un comino, Toeorenkopulos, entérese. Excepto el caso de que tengan alguna relación con mis investigaciones en Puerto Caribe, sobre el contrabando de armas del Tío Sam.

Maldijo en voz alta.

—¿De modo que es eso, eh, Dennison? Usted y esa cerdo chupatintas de Della Croce pretenden endosarme a mí lo de Arena Caliente. Se van a valer de eso, ¿verdad, maldito? Está bien. Yo también tengo mis bazas en este juego y las jugaré. Pretenden que mi conducta es ya una confesión. A usted le ha dado demasiado el sol, amigo. Sepa que yo estoy muy por encima de policías del tres al cuarto como Della Croce. Tanto usted como yo tenemos aquí los mismos derechos, somos iguales, Dennison. Esto no es Norteamérica. Allí tendría usted la sartén por el mango. Aquí, puede quemarse igual o más que yo, ¿está claro?

—¡Qué alejado está de la realidad, Toeorenkopulos!

—Eso es lo que usted dice, pero óigame bien, Dennison. Intente usted algo contra mí, inténtelo, y comprobará entonces quién es el más fuerte.

—Usted no, Toeorenkopulos. Usted tiene un punto vulnerable, demasiado vulnerable: Paloma.

La alusión a su ahijada le puso frenético.

—¡Mac Creedle! ¡Dale! —ordenó.

Mac Creedle rio suavemente y su risa semejó el roncar de un motor de cuarenta caballos. Avanzó hacia mi seguido de sus tres compañeros.

—¡Dígales que no me toquen, Toeorenkopulos! Dígaselo o le juro que le arruino la fiesta a su ahijada. No consentiré que me toquen.

—¡Dadle! —insistió, fuera de sí.

Dejé que se acercaran y antes de que pudiera prepararse a la defensa, le aticé a uno de ellos en la mandíbula con todas mis fuerzas.

El tipo cayó al suelo con los pies por alto. Otro se arrojó sobre mí bramando y haciendo voltear los brazos como aspas de molino.

Aguardé su llegada y cuando ya estaba sobre mí, me agarré con fuerza al brazo derecho, metí el hombro y giré en redondo. Los pies del tipo perdieron contacto con el suelo y le hice volar por los aires. Chocó contra la pared y perdió el conocimiento.

Mac Creadle se me echó bruscamente encima.

Pude cogerle férreamente de una mano, y al ver que adelantaba la otra, sin soltársela, le apliqué un golpe de refilón al cuello. Cayó cuan largo era. Con una obscenidad, metió la mano en la chaqueta y sacó una pistola.

Rápidamente, levanté el pie izquierdo, golpeándole en la mano armada y haciendo volar la pistola por los aires. Al quedarse desarmado, pareció bastante confundido.

Cuando el cuarto tipo quiso reaccionar, yo ya tenía el arma en la mano. Su gesto y el de su amo eran de profunda sorpresa. También la había en dos espectadores más que habían aparecido inesperadamente: Paloma Silvela y un joven de extraordinario parecido con el griego. Ella se cogía de la mano de él a impulsos del asombro y el temor.

Aquel joven aparentaba veintidós o veintitrés años y vestía y se peinaba como los muñecos que yo había visto al entrar en la casa. Sin embargo, había algo en él que le diferenciaba. Tal vez su mirada azul brillante, calculadora, o su enérgico mentón partido en dos o la línea voluntariosa de sus labios delgados, incoloros. No, no era un títere como los amigos de Paloma Silvela. Era un hombre, y un hombre capaz seguramente de muchas cosas.

Su voz era sorprendentemente recia.

—¿Necesita algo de mí, padre?

Así estaban las cosas. Era hijo de Toeorenkopulos.

—No tiene importancia, Axil —el multimillonario había hecho un esfuerzo por sonreír. Solo consiguió una pálida mueca—. Exceso de temperamento del señor Dennison.

Yo reí sordamente sin dejar de empuñar la pistola.

—Convénzase, Toeorenkopulos. Soy duro de pelar.

Retrocedí hacia la puerta pasando por detrás de Paloma Silvela y el hijo del griego. Me di cuenta de la admiración que había despertado en la jovencita y sonreí. Axil se desprendió de su mano y retrocedió conmigo.

—Discúlpeme, señor Dennison...

Me detuve para hacerle frente. La pistola la dejé caer en el suelo, a mi lado.

—Escúpalo, jovenzuelo. ¿Qué quiere?

—Conozco bien a mi padre, señor —hablaba también perfectamente el inglés—. Adivine que hay algo grave entre los dos. Quisiera decirle que si puedo actuar de mediador, no dude en acudir a mí.

—No desbarre, joven —le interrumpí.

Se encogió de hombros.

—Reitero mi ofrecimiento, señor Dennison. Mi padre, últimamente, no está muy bien de los nervios.

—Es usted un iluso —le repliqué, miré a Paloma Silvela por última vez y salí de la mansión.

En el primer bar que encontré me tomé un “gin-buzz” con hielo. Lo necesitaba más que nada para olvidar la brillante mirada de unos bellísimos ojos pardos.

CAPÍTULO VIII

Fulgencio Robles era bastante alto, delgado, de mejillas algo sumidas, bigote canoso y recortado, ojos negros, cejas pobladas y abundante cabello gris, peinado hacia atrás. Vestía pantalón de corte, chaqueta negra, cruzada, clavel en la solapa y en una perdia, colgado cuidadosamente, un sombrero “Frégoll” Daba la sensación de ser un diplomático, un coronel retirado, un aristócrata “vieux régime”. De todo, menos da ser el jefe de la Policía de Puerto Caribe.

Parecía muy cansado y tenía una expresión como ausente, un poco estúpida.

—Permítame, Robles, expresarle mi pesar.

La turbia mirada adquirió de improviso brillo y dureza.

—¿De qué habla, Dennison?

—De Mildred Jones.

—¿Quién le ha dicho a usted...?

—Esas cosas, mi querido Robles, nunca son secreto.

Arqueó una ceja.

—Agradezco su condolencia. Y también le agradeceré que no me hable más del asunto.

Encendí un cigarrillo. Robles no fumaba.

—Creo que no voy a tener más remedio que hablarle de ello. Y lo siento. Pero es necesario. No porque yo me encuentre circunstancialmente envuelto en dos asesinatos y si por la manera en que me he visto envuelto en ellos.

—Aclare sus palabras, Dennison, por favor.

—Ahí va; Mildred Jones me buscó para ofrecirme una ayuda. Estaba enterada de todo lo que me concierne. Cuando yo le pregunté qué cantidad iba a cobrarme por esa ayuda, ella dijo que no era yo la persona que tenía que pagarle, que había un tercero al que si cobraría. Tal ayuda solo consistió en enviarme en busca de Johnny Castillo asegurándome que este sabía mucho sobre el contrabando de armas. Fui a casa del cantante y los encontré muertos a los dos.

Fulgencio Robles se estremeció. Yo agregué:

—Eso doble asesinato altera por completo la situación, fuere cual fuese, que pudo haberse producido entre el instante en que llegué a Puerto Caribe y la noche en que se cometieron los crímenes. Y ante todo, quisiera que usted me aclarase una cosa, Robles. ¿Me buscó Mildred Jones por orden de usted?

—Soy ajena por completo a ello, Dennison. ¿Le basta?

Lancé un par de bocanadas antes de decir:

—Según. Yo puedo sacar la conclusión de que Mildred Jones supo sonsacarle a usted todo lo que se refería a mí y después obró por propia iniciativa.

—Me está insultando. Dennison, ¿se da cuenta? Usted no sabe nada acerca de las relaciones que tuve con Mildred Jones y yo hago lo que me da la real gana.

—Es usted muy dueño, Robles, pero culpa suya es esa doble muerte. Y para que lo sepa, lo único que pretendía con esta entrevista era saber, sí, además, tuvo lugar por algún motivo dependiente de mis pesquisas. Lo siento de verdad, Robles.

—Dennison, ¿qué le han contado sobre Mildred y yo?

—Abreviando, que heredó usted el lugar que Johnny Castillo dejó junto a la pelirroja.

Se puso a reír.

—Vamos, vamos, ¿por qué cree usted que ocupó un cargo como el mío? ¿Acaso porque me dejó aprisionar inocentemente en las redes de cualquier mujer de mundo?

—Yo no he dicho eso.

—Igual da. Mildred Jones, despechada, sin dinero, oyó hablar de lo que pasó en Arena Caliente y que el envío de armas procedía de Puerto Caribe. ¿Qué hizo? Me visitó. Y me dijo que era el griego Toeorenkopulos, el protector de su examante, el organizador de tal contrabando. Es más, me propuso, a cambio de cierta cantidad de dinero, buscar las pruebas necesarias en, ¡dese cuenta, Dennison! en menos de cuatro días. Comprobé que, efectivamente, el poderío del griego es gigantesco, portentoso.

—¿Dio resultados positivos ese acuerdo, Robles?

—No lo sé, Dennison, pero deduzco de lo que usted ha dicho, que sí. Mildred debía entrevistarse conmigo uno de estos días sin pasar de mañana. No obstante, la otra noche y por un motivo que ignoro, decidió meterle a usted de lleno en el asunto.

—Pero antes usted le había informado detalladamente sobre mí —asintió y yo añadí rápidamente—. Quisiera saber entonces, Robles, por qué demonios no me habló usted desde el principio sobre ella y sobre Toeorenkopulos.

—¿Con qué objeto debía hacerlo, Dennison? Era algo de mi exclusiva incumbencia y usted no podía hacer nada contra el griego. Además, Mildred estaba a punto de terminar su peligrosa tarea.

—Y, ¿por qué tuvo que ponerme precisamente a mí, en la pista de Castillo en lugar de la del millonario?

—Quizá descubriera que no era este, sino su protegido quien había organizado el contrabando.

—Total, que lo único que sé es que cuando hallemos la respuesta exacta

eso tendremos la solución al doble asesinato y posiblemente la clave del comercio de armas. Un comerciante, amigo Robles, que sus hombres se ven incapaces de interceptar.

—Usted olvida muchas cosas, Dennison. Una de ellas que las armas son fabricadas en los Estados Unidos. Todavía espera nuestro Gobierno que se nos explique cómo y por quién fueron consignadas a los revolucionarios de Sierra Parda. ¿Quién puede fiarse de ustedes en ese caso?

Reí con amargura.

—Muy bien, estamos empatados. Robles, seguí dando palos de ciego, y quizá acierte un pleno por casualidad. Hasta pronto.

Antes de que Fulgencio Robles pudiera decirme algo, abandoné su despacho y descendí a la calle.

El inspector Delia Croce estaba ante el volante de un “Daimler” azul. Me hizo una seña, entré en el coche y arrancó. Dijo:

—Permita que le secuestre por unos minutos, Dennison. Su conversación con Robles ha durado exactamente quince minutos y trece segundos.

—Buen cronometrador. ¿A dónde vamos?

No me lo dijo, pero cinco minutos después nos deteníamos ante un edificio de seis pisos, gris y sombrío. Era la “Morgue”.

Un sargento de la Policía nos llevó ante un hombre de mediana edad cubierto con una bata blanca. Era el encargado del depósito de cadáveres.

—Hola, Della Croce —saludó—. ¿Qué es de tu vida?

—Bien, gracias —respondió el inspector—. ¿Y tú chico? Me dijeron que pasó el examen de ingreso.

—Aprobado con el número dos —sonrió—. Dice que te tomará a ti por ejemplo.

—Aconséjale que busque ejemplos mejores.

El encargado de la “City Morgue” de Puerto Caribe rio. Luego me miró un momento y le dijo a Della Croce:

—Bueno, viejo zorro, ¿qué buscas?

—Quiero ver el cadáver que te trajeron esta mañana, laníos.

—De acuerdo. Seguidme.

Cruzamos la sala de blancas mesas de mármol, dos de las cuales estaban ocupadas por cuerpos humanos cuyas siluetas se adivinaban a través de las blancas sábanas que los cubrían. Janios nos precedió hasta la estancia inmediata, donde el olor a formaldehído y desinfectante era mucho más intenso, a pesar del moderno acondicionamiento de aire del depósito.

Janios enfundó sus manos en sendos guantes de goma hasta por encima de los puños de su bata, y acercándose a uno de los grandes cajones como de un enorme archivador, tiró del asa y lo sacó, mostrándonos su contenido.

El cadáver del hombre no era un agradable espectáculo. Le habían

pegado un tiro en el corazón y sus dilatados ojos parecían a punto de saltar de sus órbitas.

En vida había sido director de la orquesta de Johnny Castillo.

—¿Es él? —preguntó Della Croce. Y no hacía falta puntualizar nada su pregunta.

—Sí —musité—. Franje S. Lemont. ¿Qué dice el forense?

Della Croce carraspeó:

—Muerte causada por una bala del calibre 44 —explicó—. La misma pistola que disparó contra Mildred Jones y Johnny Castillo. Igualmente le atravesaron el corazón limpiamente, pero esta vez tenemos algo, Dennison. Una de las uñas de Franje contenía suficiente carne para obtener, por análisis, el grupo sanguíneo del asesino. Este debe tener, por lo menos, un buen y profundo arañazo en la mejilla.

—Bastará entonces con encontrar a un individuo con la cara envuelta en vendajes. No será demasiado difícil.

—No debería serlo, Dennison —suspiró Della Croce—. Ya se ha ordenado que todos los agentes y policías de uniforme estén atentos a todo hombre con adornos de gasa o esparadrapo en las mejillas.

Janios cerró el cajón y se quitó los guantes, lavándose luego las manos con desinfectante.

Salimos de la “City Morgue” y a mí me pareció que el aire jamás había sido tan puro como en aquel momento en que lavaba los densos olores del depósito adheridos a mí garganta.

—¿Y bien?

—Dennison, Franje S. Lemont acudió en su busca al “Hotel Nacional” y luego usted le llamó por teléfono. ¿Fue o no fue así?

—Sí, en efecto. Pero no pude hablar con él.

—Cuando usted colgaba el auricular, él no estaba en la habitación de su hotel. ¿Qué había entre ustedes dos, Dennison?

Esperé a estar instalados en el “Daimler”.

—Fingí que era un representante de la “Avery and Company” y que quería contratarles a él y a Castillo. Lo hice para sonsacarle acerca del cantante.

—¿Lo creyó Franje?

—Supongo que sí. Por cierto, que hay alguien que estaba delante cuando le hice mi falsa proposición.

—Ya. Una chica. Ella no sabe nada. Continúe.

—Si usted lo dice... Bien. El vino a mí hotel porque quería hablar conmigo. Quizá quería saber si Castillo había aceptado o no mi propuesta.

—No, Dennison. Franje, cuando fue a verle a Usted, ya sabía por mí que Castillo estaba muerto. Por eso, ¿cuál fue su reacción al saber el doble crimen? Correr al encuentro de usted. El porqué, no lo sé.

—Si sabía que yo había descubierto el crimen, contando con que usted

también se lo dijese, querría conocer más detalles.

—¿Por qué le mataron entonces? En realidad, Dennison, ¿qué había entre usted y Franje?

Yo reflexionaba a marchas forzadas. Sabía que Della Croce tenía razón en el fondo. Había algo entre Franje y yo, pero ese algo yo mismo lo desconocía por completo.

—¿Le habló de mí al músico?

—Un poco. Cuando me dijo que usted quería contratarles, le hice ver la realidad: una mentira. Supongo que entonces sospechó cuál era su trabajo verdadero. Pero está dejando sin respuesta mi pregunta, Dennison.

—Lo sé. Pero no hay tal respuesta. No la conozco ni yo.

Della Croce apretó los labios obstinadamente, pero no habló. Dio el encendido al motor, embragó y nos metimos otra vez en el intenso tráfico de la ciudad. Durante el camino, le dije:

—A usted no le cae en gracia el comisario Robles. ¿Podría decirme por qué?

Titubeó.

—Supongo que porque es un simple figurín —me respondió sin ambages—. Pero eso a usted no le importa.

—Sí que me importa. Usted fue quien me habló de Mildred como la protegida del comisario Robles, dejando que ocupara el sitio de Castillo.

—Y era cierto.

—No. Usted me obligó a cometer un desliz con Robles. Este no pretendía ni era un hombre más en la vida de la pelirroja. Por el contrario, acordó con ella un plan con respecto al contrabando de armas. Ella tenía que procurarle pruebas contra Toeorenkopulos como organizador del mismo.

No me contestó. Lo hizo cuando bajé del “Daimler”.

—Créame, Dennison, si le digo que celebro haberme equivocado en eso y la Jones lo único que pretendía era pisarle el rabo al griego. Es indudable que Robles fue muy ingenioso al servirse de ella. Toeorenkopulos no tardará en pasarlas negras pese a la protección de usted.

—¿Protección mía?

—Usted le hizo una visita en su mansión y conoció a su hijo Axil y a su ahijada Paloma Silvela. Ande con cuidado, Dennison.

—¿Cuidado con qué? ¿O con quién?

—¡Oh, es solo un consejo amistoso!

Me despedí de él y luego busqué un taxi que me trasladara al hotel, pues deseaba quedarme solo un rato para concentrarme en mis pensamientos. Terribles pensamientos si convenía en que mis pesquisas en Puerto Caribe habían ocasionado la muerte de Johnny Castillo, Mildred Jones y Franje S. Lemont. No podía ser mera coincidencia a pesar de lo que había afirmado a Della Croce. Tampoco podía ser resultado de una

misteriosa intriga ajena a mí persona.

En conclusión. Que los tres habían muerto por mí culpa.

Agité perezosamente la cabeza. Pensé una vez más si el clima de Puerto Caribe no iría a volverme loco.

Busqué un taxi.

Agité la mano y un coche se detuvo al instante junto al bordillo de la acera.

No era un taxi. Miré hacia su interior con curiosidad y en aquel momento, una voz de desagradable acento dijo en un inglés impecable:

—Suba, míster.

La voz estaba apoyada por una pistola dotado de silenciador y manejada de tal manera que solo yo podía ver el ominoso brillo del arma.

Me resigné a lo inevitable. Si trataba de huir, no conseguiría otra cosa que recibir un balazo en la espalda y los forajidos escaparían antes de que la gente pudiese advertir nada. No podía hacer otra cosa y ellos lo sabían.

Incliné el cuerpo para entrar en el coche y en ese momento, el tipo de la pistola me golpeó con ella, derribándome de manera fulminante.

CAPÍTULO IX

Cuando recobré el conocimiento, el coche se había parado ya.

La cabeza me dolía muchísimo. Sin embargo, un oscuro instinto me dijo que debía permanecer en la misma postura, fingiendo estar desmayado todavía. Aquel paseo no tenía como objeto precisamente respirar el aire puro de la llanura, y mientras tuviese un átomo de consciencia, debía procurar por mí vida como fuese.

Sentí que se abría una portezuela. Unas manos tiraron de mí por los pies y mi cabeza rebotó dolorosamente contra el suelo. Pude contener a duras penas un grito y continuar la ficción. Luego noté que me levantaban entre dos. Jadeaban.

—Infiernos, pesa más que el plomo, el condenado.

Eran los esbirros de Toeorenkopulos. Mac Creedle habló ahora con bestialidad.

—No te preocupes, Abundio. Cuando el rápido del sur le haya pasado por encima, no pesará nada.

Sentí que los cabellos se me ponían de punta. En un instante comprendí las intenciones de aquellos desalmados. Por supuesto, la forma de asesinarme esta vez era la más cómoda y menos comprometedora para ellos. Nadie creería en un suicidio mío, pero este tendría que ser la versión oficial, a la larga. O también un accidente.

Poco a poco nos fuimos acercando a la vía. Oí a lo lejos el pitido del tren. Un sordo fragor llegó pronto hasta mis oídos también. El rápido se estaba acercando ya a Puerto Caribe. A pesar de que la distancia que nos separaba de la ciudad era de tan solo dos o tres millas, resultaba indudable que cuando pasase por allí mantendría todavía una velocidad superior a las cien horarias. La suficiente para atomizarme.

Se acentuó el estruendo. Entreabriendo los párpados, pude distinguir a lo lejos la imponente silueta, negra y amenazadora, de la locomotora.

Decidí que era el momento de luchar por mí vida, y de modo imprevisto, encogí las piernas al máximo disparándoles luego hacia adelante.

El tipo que me sujetaba por los pies, Abundio, cogido por sorpresa, vaciló y acabó por caer al suelo. Mac Creedle y yo rodamos también, pero yo logré levantarme el primero y me revolví contra él.

El “docker” lanzó un rugido de cólera al mismo tiempo que intentaba sacar su famosa pistola. No me anduve con contemplaciones. No era el momento. Levanté el pie derecho y se lo clavé en la ingle haciéndole caer en medio de espantosas convulsiones.

Quise arrojarle sobre él para arrebatarle la pistola, pero en aquellos momentos percibí a mí espalda la presencia de Abundio que enarbolaba la suya por el cañón.

Levanté el brazo izquierdo y paré el golpe. Un lacerante dolor que me recorrió el brazo de arriba abajo, hizo brotar de mi boca una ruda imprecación.

El estruendo del convoy era mayor a cada momento. La pavorosa máquina se acercaba más y más.

Esquivé un segundo golpe de milagro. Alargué una mano y pude conectar un golpe de canto en el cuello de Abundio. Este retrocedió un par de pasos mientras sus ojos me miraban con furia demoníaca. Quiso volver la pistola para empuñarla por la culata y disparar contra mí, pero pude impedirlo antes de que fuera demasiado tarde, y me arrojé sobre él aterrándole la muñeca.

Se resistió y su mano libre me golpeó la cara sañudamente. Levanté la rodilla, pero el golpe fue ineficaz porque había podido encoger a tiempo el vientre.

Volvió a castigarme la cara.

El suelo trepidó ante la proximidad del tren y de pronto, con tremendo espanto, me apercibí de que estábamos luchando entre los dos caniles.

¡Y la locomotora ya cargaba sobre nosotros dos!

Hice un último esfuerzo, a la desesperada, frenéticamente. Bajé La cabeza y golpeé a Abundio en la nariz con la frente. Lanzó un alarido de dolor cuando el fortísimo golpe se la partió. Aproveché el momento para atizarle con todas mis fuerzas en el mentón y saltar fuera de la vía.

A tiempo.

El tren se acercó vertiginosamente, bramando como un monstruo apocalíptico y Abundio trató de imitarme. Tarde, demasiado tarde.

Aparté la mirada. No quise verlo.

Oí su escalofriante chillido de terror, de miedo atroz. Luego el convoy pasó por mí lado con su ensordecedor repiqueteo sobre los raíles.

Las náuseas me invadieron y traté de levantarme mientras el tren se alejaba camino de Puerto Caribe. Entonces vi a Mac Creedle que se movía. Una vez más trató de echar mano a su pistola.

Pero aunque molido como estaba a golpes, me encontraba en franca ventaja sobre él y fácilmente levantó el pie derecho por segunda vez y se lo apliqué con todas mis fuerzas en el lado derecho del rostro.

Fue un golpe tremendo, aniquilador.

Crujieron sus huesos de una manera escalofriante y cayó al suelo sin un gemido. Con toda seguridad, pensó, acababa de romperle la mandíbula.

En aquel momento, el tercer forajido llamó:

—¡En, Mac Creedle, Abundio!

Me estremecí.

Había olvidado al conductor del coche. ¿Qué hacer para librarme rápidamente de él?

Sin dudarlo un instante, me incliné sobre el inconsciente Mac Creedle y le arrebaté la pistola. Era a tiempo porque el otro se había dado cuenta de lo que pasaba y corría hacia allí con un revólver en la mano. Disparó un par de veces y tuve que rodar sobre mí mismo para no ser alcanzado. Luego apreté yo el gatillo.

Al segundo balazo le acerté. Soltó el revólver y se cogió con ambas manos angustiosamente, el vientre. Se lo había perforado. Cuando acudí a su lado ya estaba muerto.

Fue en ese momento cuando me di cuenta del coche que avanzaba raudo hacia allí.

Era un “Jaguar” de línea deportiva pintado de rojo. Conocí enseguida al conductor y lancé una exclamación:

Paloma Silvela.



Le alzó con toda su fuerza en la mandíbula

Se detuvo el “Jaguar” a mí lado con un seco chirrido. Todavía no había logrado reaccionar ante la inesperada presencia de la joven.

—¡Señor Dennison! ¡Suba!

Subí.

—¿Era imprescindible esto? —inquirí de mal talante. Me refería a su presencia en tan sangriento lugar.

—No me pregunte cómo he podido llegar hasta aquí, señor Dennison. Necesito hablar urgentemente con usted.

—Hable entonces, jovencita, hable cuanto guste. Solo le pido que ahorre saliva en sus preguntas —y cuando salimos de allí en súbita arrancada, agregué—: No pienso decirle nada de lo que quiere saber. He estado a punto de morir de mala manera y eso se lo debo a su padrino del alma. ¿Usted ha visto? Mac Creedle, un tal Abundio y otro compañero han intentado arrojarme al tren para que me descuartizara. ¿Lo ha oído?

—Señor Dennison, es usted un ser repulsivo, odioso, insoportable. Y con todo, mi conciencia me obliga a intervenir en esto.

—Ya. Yo soy muchas cosas, pero le aseguro que su padrino lo es en mayor cantidad.

—Usted y él son enemigos, no me extrañan por tanto sus palabras. Pero yo no quiero que se hagan daño. No quiero y no lo consentiré.

—¡Miren la muñequita! Resulta grotesco oírle decir esas cosas.

—Búrlase cuanto guste, señor Dennison. Solo le exigiré a cambio que me diga qué es lo que tiene contra mi padrino.

—¡Dios del Cielo, y lo pregunta todavía! —levanté mis manos con furia—. Jovencita, a ver, ¿cuántos años tiene usted?

—¿A qué viene eso ahora?

—¡Conteste!

—Dieciocho años.

—¿Y ha vivido y se ha educado siempre junto a Toeorenkopulos?

—No, no siempre. Él viaja mucho y solo Axil se queda para hacerme compañía.

Escruté sus pardos ojos.

—¿Sabe de dónde saca su padrino el dinero?

—No, pero quiero saberlo, señor Dennison.

—¡Dieciocho años! —exclamé amargamente—. El peor negocio de su padrino no es traficar en armas para los rebeldes de Sierra Parda. Los hay peores, más denigrantes. Yo estoy encargado de desenmascararle como principal responsable de ese tráfico ilegal, que puede contribuir en mucho a que un nuevo régimen socialista se implante tan cerca de los Estados Unidos. ¿Alcanza usted a comprenderlo, señorita?

Ella me miró un momento sorprendida, luego volvió su atención a la conducción del “Jaguar”.

—¿Es usted entonces agente del F. B. I. o cualquier otra organización policíaca de su país?

—Sí. Y expresamente elegido por el Pentágono.

—No lo comprendo. Usted, un agente de Norteamérica.

Suspiré resignadamente.

—Los soldados leales al actual presidente Méndez, capturaron recientemente en un lugar llamado Arena Caliente, un convoy de armas para esos rebeldes. Las armas eran de fabricación norteamericana. Descubrir al que dirige tal negocio es mi misión.

—Y usted sospecha... Sospecha de mi padrino. ¡Oh, no, señor Dennison! ¡No puede ser!

Saqué el paquete de cigarrillos, se lo ofrecí, lo rechazó y yo extraje uno y lo encendí.

—Jovencita, ¿conoció usted a Mildred Jones y a Johnny Castillo?

—Sí. Estuvieron prometidos.

—¡Prometidos! ¿En qué clase de mundo vive usted, señorita? Bueno, dejémoslo. Ya sabrá que los mataron a los dos de un balazo. A ella porque me había buscado para ofrecirme ayuda en mis investigaciones y a él porque debía saber demasiado y podía irse de la lengua en cuanto yo me encargara de apretarle las clavijas. Poco antes me enviaron tres hombres, uno de ellos un tal Morales, para que me silenciasen a mí también. De madrugada, me encontré por primera vez con Mac Creedle. Intentaba averiguar por mí lo que Mildred había dicho. Me los volví a encontrar, a él y a sus amigos, en su casa de usted y tuve que volver a estropearle un poco el físico. En el ínterin, hablé con el inspector de policía encargado del caso y con el comisario general Robles. A todo esto, Franje Lemont, el director de la orquesta de Castillo, se volvía loco buscándome. Lo encontraron en su habitación muerto de un balazo también. El asesino recibió un profundo rasguño en la mejilla... Pero, ¿qué le sucede?

La había visto palidecer de improviso.

—¿Se encuentra mal?

—No, no. Es... Son tres asesinatos, ¿verdad?

Respiraba agitadamente.

—Los hicieron con una misma pistola. Calibre 44.

—¡Dios mío...! ¿Por qué tenían que morir esas personas?

—Eso es lo que yo quisiera me explicase su padrino, jovencita, aunque el motivo general, ¿eh? no resulta muy difícil establecerlo.

Habíamos entrado ya en el casco urbano de Puerto Caribe. El “Jaguar” corría a moderada velocidad. Observé a través del humo del cigarrillo, rasgo tras rasgo, el bonito perfil de Paloma Silvela. Me estremecí sin querer. Era muy atractiva y muy joven. Una mezcla que resultaba peligrosa. Demasiado.

—Mi padrino está asustado —dijo ella al cabo.

—Por supuesto, tiene que estarlo. Pero eso no le exime de culpa.

—Usted no me ha entendido. Hace tiempo que lo está, yo creo que siempre lo ha estado. Contrató a Mac Creedle y sus hombres como guardia personal. Pero él, ¿dedicarse al envío de armas a unos revolucionarios en un país que le es extraño y que se volvería, hostil, contra él muy fácilmente? Es descabellado.

—Tal y como usted lo pinta, sí. No en la realidad.

Ella sacudió obstinadamente la cabeza.

—Mi padrino, señor Dennison, no es, culpable de lo que usted le acusa.

—Eh, un momento, pequeña; yo no le acuso. Me limito a sacar consecuencias de lo que ocurre a mí alrededor. Hace apenas unos minutos, Mac Creedle y sus compañeros estaban dispuestos a darme una muerte horrible. Saque conclusiones de ello. Es lo único que le pido ahora. Saque conclusiones y verá hasta dónde llega, señorita.

—¡Él no es culpable!

—Celebro que reaccione usted así, pero no merece Toeorenkopulos esa fe ciega que tiene usted en él. Pare su cacharro aquí mismo, jovencita.

Estábamos en la Avenida del Palmar. Descendí del “Jaguar”. Ella me llamó asomándose a la abierta ventanilla.

—Señor Dennison, ¿podríamos vernos esta noche o podría usted llamarme por teléfono?

—¿Para qué? Ya hemos hablado suficiente los dos, señorita.

—No crea que lo hago por el placer de verle o escucharle, señor Dennison. Le llamaré a su hotel. Será lo mejor. Espere mi llamada entre las nueve y las diez.

—¿Qué intenta hacer?

—Prométame que estará durante ese tiempo en su habitación.

—Prometido, pero prométame usted ahora que no se meterá en ningún lío. Ya murió una extraordinaria mujer para añadir otra a la sangrienta colección.

Hubo una pausa. Luego ella musitó:

—Usted, señor Dennison —le brillaban mucho los ojos—, ¿me cree una mujer extraordinaria?

Sostuve su mirada unos instantes.

—Si ha de producirle satisfacción, jovencita, sí; lo es.

Rápido, di media vuelta para no ver su resplandeciente sonrisa. Maldita sea, yo me había precipitado al hablar. Aunque, ¿para qué negar que la chica me gustaba?

Cuando entré en el “Hotel Nacional”, ya tranquilo, el conserje me detuvo.

—El inspector Della Croce ha estado llamándole todo el rato, señor —dijo—. Y tiene usted una visita. Le esperan en su habitación.

En efecto tenía una visita. La de la muerte.

Porque allí, sentado en uno de los sillones de cuero rojo, estaba Fulgencio Robles, con un líquido más rojo todavía empapándole la blanca camisa.

Sus ojos estaban vidriosos.

Le habían pegado un balazo en el corazón.

CAPÍTULO X

Me sobresaltó el súbito timbrazo del teléfono. Maquinalmente alargué una mano y lo descolgué. Era el inspector Della Croce.

—Menos mal que lo encuentro ahí —me dijo—. Atienda, Dennison. Tiene que...

—Della Croce, venga inmediatamente.

—Antes escúcheme usted a mí. Tiene...

—¡Qué venga inmediatamente, le digo! ¡Inmediatamente!

Se alarmó.

—Oiga, ¿qué diablos pasa?

—¿Qué? ¡Casi nada! El comisario Robles está aquí, en mi habitación. Le han matado de un balazo en el corazón.

—¿Quéee? —resolló—. ¿Dice que han matado a..., Robles? ¡Condenación, voy para ahí enseguida!

Depositó el aparato en su soporte y me volví para contemplar el cadáver. Mildred, Castillo, Franje Lemont y ahora, Robles... Cuatro asesinatos en muy pocas horas. Pero, ¿por qué Robles?

Había hablado con él y no parecía saber nada que pusiera en peligro su vida. ¿O es que había averiguado algo desde entonces? Y lo que había averiguado, ¿fue de manera tan poco hábil o tan importante que desencadenó enseguida la represalia de sus enemigos?

No se observaban en él señales de sorpresa, violencia o miedo. Nada, nada absolutamente que indicase que se había percatado de que iba a morir. No lograba explicarme tampoco cómo un hombre de su experiencia se había dejado cazar de aquel modo.

Un balazo. Un simple balazo en el corazón.

Una muerte rápida y segura.

Della Croce no tardó mucho en llegar. Venía acompañado de dos policías más, vestidos como él de paisano. Lo primero que hicieron, fue dirigirse rectamente hacia el cadáver de Robles.

—Dennison.

—¿Sí, inspector?

—¿Ha oído hablar de Stanislas Korvich?

Apelé a mí memoria con doloroso esfuerzo. ¡Korvich, Stanislas Korvich! Claro que lo recordaba. Yo había perdido un día entero tratando de encontrarle hasta que me tropecé con Mildred Jones. Stanislas Korvich, un húngaro exilado, un poderoso comerciante. Era una de las pistas que el teniente coronel Davinson, el jefe de la Base de Palo Verde, me había sugerido a mí llegada a Puerto Caribe.

Y Mildred Jones me había dicho que el húngaro estaba ausente de la ciudad, probablemente ausente para siempre del mundo de los vivos.

¿Tenía esto alguna importancia?

—Lo han matado —dije.

Della Croce dio un respingo.

—¿Cómo lo sabe, Dennison?

—Mildred Jones me lo insinuó. Yo estuve la víspera buscándole en vano. Fue ella quien me aseguró que por aquel camino, mis pesquisas serían un total fracaso y que me convenía aceptar su ayuda.

—¿Qué quería usted del húngaro?

—La oficina de Información del teniente coronel Davidson, ¿lo conoce? me proporcionó unos cuantos nombres con el fin de facilitar mi trabajo. Una buena lista: Celestino Quezadas, Amanda Sandoval y hermanos, Anselmo Cortada e Iguarán, Stanislas Korvich... Y bien, Della Croce, ¿qué ocurre con el húngaro?

—Robles —y señaló innecesariamente el cadáver del comisario—, ordenó que se averiguase todo lo referente a Korvich. De eso, hará ya una semana o más. El motivo de su interés por él lo ignoro; pero lo cierto es que se interesó por él. No hace mucho he recibido la noticia de que, en efecto, habían matado a Stanislas Korvich. Apareció en Paso Hueso, a unas doscientas millas de Puerto Caribe hacia el oeste, en el interior del país, casi al borde del desierto. Tenía un balazo en el corazón hecho con una pistola de calibre 44.

—¿Qué hacía en Paso Hueso?

—Era una de sus factorías más importantes. Saquearon sus almacenes, los incendiaron y le mataron. De entre los escombros se sacaron restos de cajas de embalaje con el membrete de la “Hoesting & Drury Co. Ltd.”, una supuesta fábrica de maquinaria agrícola de Detroit, Estados Unidos.

—¿Supuesta?

—El informe remitido por la patrulla destacada en Paso Hueso eso dice. Han tenido tiempo de sobra de comprobarlo todo y el informe es completo. Dice más aún. Hace apenas un par de semanas, Korvich recibió un gigantesco cargamento de tractores y otras máquinas pesadas enviadas por esa inexistente firma comercial. El cargamento llegó, como es natural, a Puerto Caribe por mar, y sin desembalar, salió del muelle camino de Paso Hueso. Cambiar parte de la maquinaria por armas no sería cosa muy difícil y arriesgada.

—¿Qué es lo que pasa entonces Della Croce? Fíjese. Si Korvich organizó el negocio se comprendería que eliminase a las tres o cuatro personas que amenazaban con descubrir su tinglado y destruyese una factoría como la de Paso Hueso, si la consideraba una prueba irrefutable de sus actividades que pudiese volverse contra él. Pero es que lo más desconcertante del caso es que él, Stanislas Korvich, ya había sido asesinado cuando estas cosas

empezaron a ocurrir.

Había una dura sonrisa en los labios de Della Croce.

—Dennison, voy a darle otra noticia inesperada: he mandado detener a Toeorenkopulos.

—Así es que se ha salido con la suya, ¿eh? Me gustaría saber en qué se ha basado para llevar a cabo tal detención. ¿O acaso ha descubierto alguna relación entre él y Korvich?

—¡Usted siempre metiendo por medio su famoso contrabando de armas! —exclamó sarcástico—. Le he detenido por haber asesinado a Mildred Jones y Johnny Castillo. Tengo pruebas irrefutables de que él se encontraba en el “bungalow” a la hora del crimen.

—Delia Croce, usted no me lo había dicho.

—No las tenía todavía. Los dos guardias que hacían la ronda esa noche en la avenida, vieron el coche del potentado, un “Lincoln” último modelo, parado frente al número 213. Minutos más tarde, el “Lincoln” pasaba ante ellos raudamente. Lo conducía el propio Toeorenkopulos. Iba solo.

—Della Croce, su problema —agitó una mano— consiste en descubrir a un asesino; el mío, descubrir a los que llevan entre manos un poderoso y bien organizado tráfico de armas fabricadas en mi país. Es posible que haya una solución que convenga a los dos.

—¿Cuál?

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

Súbitamente me cogió del brazo.

—Venga conmigo, Dennison.

—Pero...

—Haga el favor.

Dejamos allí a sus dos subordinados y bajamos en busca de su “Daimler”. El conserje del hotel no se había percatado de nada todavía.

Fuimos al Departamento Central, pero no entramos en su despacho, sino en otra habitación destartalada y más calurosa, amueblada tan solo con una tosca mesa y varias banquetas.

—¿Qué se propone, inspector? —pregunté.

—Vamos a hacernos un favor mutuamente, Dennison.

Me dejó solo y al cabo, volvió con dos policías uniformados y Sócrates Toeorenkopulos esposado, en el centro de ambos.

El griego no se mostraba asustado ni abatido. Todo lo contrario: retador, seguro de sí mismo, e incluso sonriendo burlonamente. Experimenté una sensación rara y desagradable cuando pensé en los lazos que unían a aquel hombre con Paloma Silvela.

Della Crece nos dejó solos. Yo me di cuenta enseguida de lo que se proponía el astuto policía. Obré en consecuencia.

—Toeorenkopulos, si realmente está usted al margen del asunto en que

me ocupo, al margen quedará, por lo menos en lo que a mí respecta —era una buena introducción, a mí juicio—. Sin embargo, conviene aclarar ciertos puntos oscuros que pueden ayudarnos a salir de apuros a los dos.

—No le necesito a usted para nada, sabueso —saltó, impetuosamente—. He salido de peores apuros.

—Usted no piensa en su hijo o en Paloma Silvela. Ella al menos, le quiere a usted como si de un padre se tratara. No puede, no debe usted empezar por tanto una lucha a sangre y fuego que destrozaría el corazón de esa deliciosa criatura.

—Se está metiendo en camisa de once varas.

—No. Esto me incumbe y usted sabe en qué grado.

Rio desdeñosamente.

—¡Ah, claro! Usted se refiere a las armas de Arena Caliente. Pues para que lo sepa, no tengo nada que ver con ello, ¿enterado?

—¿Y con un comerciante húngaro llamado Korvich?

—Tampoco.

—Recapacite, Toeorenkopulos. Hombres como Della Croce pueden causarle mucho daño. De nada le servirían sus influencias o su dinero. Le conviene decir la verdad.

—¿Y qué es lo que estoy haciendo? Si es usted ciego o incrédulo, yo no tengo la culpa.

—Escuche, ese contrabando de armas ha traído mucha cola y la muerte de cinco personas, ¡cinco, Toeorenkopulos! Korvich fue el primero en caer, en Paso Hueso. Después, aquí, en Puerto Caribe, Mildred Jones, Castillo, Franje Lemont y finalmente Fulgencio Robles, el comisario general de Policía.

Hubo un largo y penoso silencio.

—Mi relación, Dennison, era con Johnny, Mildred y Lemont vivos, no con su muerte.

—El inspector Della Croce opina de otro modo. Puede probar que usted estaba en el “bungalow” de Castillo a la hora del crimen. ¿Qué me responde?

Contestó al cabo de un largo minuto.

—Efectivamente, estuve allí, pero después de que hubieran asesinado a Johnny. Lo encontré muerto, pero nada supe de Mildred Jones. Llamé al precinto más cercano y me marché.

Había sido Toeorenkopulos entonces el hombre que dio aviso por teléfono del crimen. Desde luego, no había razón alguna para suponer que esto fuera falso.

—¿Qué buscaba usted en casa de Castillo?

—Hablar con él. Quería rescindir su contrato con mi local y quise saber los motivos.

—¿Rescindirlo?

—Sí. Me lo dijo por teléfono.

—Toeorenkopulos, hablemos claro. Si usted no me explica qué estaba ocurriendo, todo eso no tiene sentido.

—Tampoco lo tiene para mí desde que sé que es usted un policía federal enviado exprofeso por el Gobierno de los Estados Unidos. Pensé en usted apenas la policía me comunicó lo que había pasado; especialmente habiendo aparecido muerta allí Mildred Jones. Esta le había visitado a usted horas antes, según mis informes. Podía haber una relación entre las dos casas.

—Ya. Y para asegurarse me envió a Mac Creedle con orden de averiguar qué me había dicho.

Asintió tranquilamente.

—¿También me envió, a él y a sus compañeros, hace un par de horas con orden de que me dejaran morir bajo las ruedas de un tren lanzado a toda velocidad?

Abrió la boca con sorpresa.

—¿Qué patraña se ha inventado?

Dejó pasar unos segundos de expectante silencio.

—Dejemos eso y volvamos a esa misteriosa decisión de Castillo —dije—. De modo que quería rescindir su contrato.

—Johnny estaba harto de Puerto Caribe. Últimamente había cambiado, no era el mismo. Algo le preocupaba y si no fuera porque Mildred fue asesinada, me inclinaría a creer que era la propia Mildred, con su resentimiento, quien causaba su preocupación. Ella fue...

—Uno de los muchos pasatiempos de Castillo. Lo sé. Y sé también que aspiraba a vengarse de él y de usted. Le dijo al comisario Robles que usted y no otro, era el organizador del contrabando de armas. Dijo también que estaba dispuesta a buscar las pruebas necesarias para demostrarlo a cambio de una buena cantidad. Robles aceptó el trato y luego Mildred me hizo una visita, esa visita que había de alterar los nervios a usted.

—¿Y qué más le dijo de mí?

—No me dijo de usted nada, Toeorenkopulos. Me ofreció su ayuda sin cobrarme un solo dólar y me indicó a Castillo. Según ella, sabía mucho sobre el contrabando. Y usted tiene que saber qué motivos la obligaban a comportarse así.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Todo gira alrededor de usted, y si Mildred tenía una razón para enviarme al encuentro del cantante, esa razón le afectaba a usted.

—Le voy a decir una cosa, Dennison; no comprendo nada.

—¿Se burla de mí? Piense que en este juego puede perder no solo su fortuna sino la vida misma. Usted puede hablar largo y tendido, debe hacerlo. Y si realmente compruebo que usted es inocente, no se arrepentirá, se lo aseguro.

Cabeceó lentamente de un lado para otro.

—Mire. Dennison, sintiéndolo mucho, no puedo hablarle de lo que ignoro. Castillo no me dio ninguna clase de explicaciones antes de morir, Mildred le dijo a usted que él le informaría detalladamente... ¡Cielos, Dennison! ¡Esto es un rompecabezas!

—¿Relacionaría usted a Castillo con las armas, Toeorenkopulos?

—No. Y lo considero absurdo. Él no...

—¿Lo relacionaría con Stanislas Korvich?

—Creo que tampoco. A Johnny le gustaba seleccionar sus amistades.

—Korvich intervino en el contrabando de una manera efectiva. Las armas, al parecer, llegaron a Puerto Caribe camufladas entre la maquinaria agrícola de esa supuesta compañía de Detroit. Iban consignadas a nombre del húngaro. En Paso Hueso fueron despachadas hacia Sierra Parda.

—¿Lo ve usted? Ya tiene al responsable. Fue Korvich, lo acaba de decir.

—Al húngaro lo mataron y destruyeron su factoría.

—¿Y qué?

—El dedo que disparó la 44 contra él, fue el mismo que ultimó a Mildred, a Castillo, a Lemont y al comisario Robles.

—Repito que es un rompecabezas, Dennison. Un perfecto, un maldito rompecabezas. Y yo no sé nada.

Creo que la pieza que menos encaja es la mía, la que me corresponde a mí en este embrollado juego.

Tenía que estar mintiendo, pero, ¿en qué y por qué? ¿Qué historia había por debajo de aquella serie de disparatados sucesos? ¿Cuál era en aquel endemoniado rompecabezas la pieza clave para que encajase bien el resto?

—Entonces, Toeorenkopulos, ¿no tiene nada más que decirme?

—Nada —y sus ojos brillaban duramente, como diamantes.

Abrí la puerta y Della Croce entró, ordenando a los dos policías que se llevasen al multimillonario. Cuando quedamos a solas, dije:

—¿Lo ha oído, inspector?

—Sí. Tenemos un micrófono instalado en el techo.

—Resulta que fue él quien dio el aviso sobre lo ocurrido en el “bungalow” de Castillo.

—¿Qué conclusiones ha sacado usted de sus palabras?

—¿Qué conclusiones? No me haga reír, inspector. ¿Sabe lo que voy a hacer? —consulté mi reloj—. Me meteré en la cama un rato y me olvidaré por completo de que existe Puerto Caribe, usted y todo el resto de este embrollo que el diablo confunda.

Mientras descendía los escalones del Departamento, pensé que si no se producía un milagro, jamás llegaría a ordenar aquel terrible caos que ahora reinaba en mis ideas.

EPÍLOGO

El teléfono me despertó cuando aún no habían dado las nueve.

Agarré el aparato maldiciendo entre dientes al importuno. Pero cuando reconocí la voz de Paloma Silvela, me despabilé de inmediato.

—¿Dennison?

—El mismo —contesté—. Todavía no son las nueve, señorita. ¿Cómo ha sabido que me encontraba en el hotel?

—No lo sabía —hablaba quedamente, en tono inseguro, como si suspirase las palabras—. Es el único lugar que se me ha ocurrido llamar, señor Dennison. Necesito... Necesito verle enseguida...

Sentí algo raro dentro de mí, una especie de tensión, siniestra tensión.

—¿Qué ocurre? —pregunté un tanto alarmado.

—Se lo suplico, señor Dennison, venga enseguida. Lo que tengo que decirle no puedo hacerlo por teléfono.

—Está bien. ¿A dónde debo ir? ¿A su casa?

—Sí; pero dé la vuelta y entre directamente por la terraza. Yo estaré allí.

—Ya voy —dije. Y colgué el aparato.

El pequeño “Ford” me llevó hasta la gran avenida llena de mansiones. Desde una prudencial distancia estuve espiando la de Toeorenkopulos al mismo tiempo que intentaba serenarme.

Cuando advertí que la casa aparecía tranquila y solitaria, avancé a pie y la rodeé sigilosamente; sin el menor ruido, subí los escalones de mármol que conducían a la terraza.

—Señor Dennison —ella apareció ante mí con el cabello y el vestido desordenados—. Pase, por favor.

Entramos en una espaciosa sala de estar con varios lujosos divanes y sillones, un enorme aparato de televisión y un pequeño bar portátil. En uno de los divanes había un hombre. Observé con infinita sorpresa varias cosas. Una, que en la mejilla de aquel hombre había dos tiras de esparadrapo cubriendo una herida o... un rasguño profundo. Otra, que en su mano derecha brillaba una automática de gran calibre, probablemente del 44. La tercera era que a mí espalda acababa de aparecer Mac Creedle empuñando su “Luger”. El espesor vendaje que llevaba alrededor de su partida mandíbula, no me impidió ver una sonrisa maligna y una mirada diabólica.

Y la última, la que más me sorprendió, fue que el hombre de la 44 era... ¡Axil, el hijo de Sócrates Toeorenkopulos!

Aún sorprendido, estupefacto, busqué con la mirada a Paloma. Estaba

muy pálida. Ahora pude distinguir las huellas rojas que una mano había dejado marcadas en su aterciopelada piel.

Rompió el silencio Axil.

—Bien, señor Dennison —su voz resonaba tranquilamente, segura, sin inflexiones—. Ha tenido usted mala suerte. Lo siento.

Me maldije un par de veces. Yo había caído en la más burda y antigua de las trampas humanas. Allí estaba Paloma, el tentador cebo, y Axil, un joven pero no por ello menos despiadado asesino, y Mac Creedle un esbirro que había jugado con dos barajas: la del padre y la del hijo. Había llegado, por tanto, al final de la senda.

Estaba claro como el agua. El chico, Axil, joven, atractivo, fuera de sospechas, hijo de un multimillonario, pero con firmes ideas sobre la propia personalidad. Pensó ser alguien por sí mismo, sin debérselo a tu nombre o a su padre. Y eligió el camino tortuoso.

Elemental.

Se lo dije así. También le dije que su situación y su suerte eran tan desesperadas como la mía. Se echó a reír.

—No es hora de lanzar baladronadas, Dennison. Mac Creedle está deseando que yo le dé una simple señal para que empiece la juerga.

—Empiécela ya. No me importa nada lo que ocurra —aparté la vista de él para fijarla en el rostro bellísimo de Paloma. Descubrí con sorpresa que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Un vago despecho, impreciso, no concentrado sobre nada ni sobre nadie, se adueñó de mi ánimo.

—Llorar es un lujo inútil, muñeca —le dije con aspereza.

Axil intervino.

—Déjelo, Dennison.

—¿Prefiere que le pregunte si es usted quien enviaba armas a Sierra Parda?

—No. No me gusta regalarle los oídos a nadie y menos a usted.

—Como guste. ¿Era usted?

—Paloma, vuélvete de espaldas —dijo entre dientes.

—Debería escupirme en la cara, señor Dennison —dijo ella inesperadamente—. ¿Por qué no dice lo que piensa de mí? Le he atraído hasta aquí, ¿no?

—Basta ya, Paloma. He dicho que te vuelvas.

—Lo siento, señor Dennison —agregó ella. Ni siquiera escuchaba a Axil—. De verdad que lo siento. Nunca supuse que pudiera sucederme una cosa así; pero deseo que sepa que estoy enamorada de usted y que lamento muchísimo no poder hacer nada por salvarle.

Otra lágrima rodó por sus mejillas. Axil volvió a reír.

—Ya lo ve, Dennison. Ha logrado usted lo que muchos otros han intentado conseguir insistentemente durante estos últimos años. Le felicito.

—Déjese de tonterías —le repliqué secamente. Me sentía cada vez más

colérico e irritado conmigo mismo—. ¿Es o no es usted quien organizó el contrabando de armas?

—Admirable terquedad la suya, Dennison. ¿Pretende ganar tiempo acaso? ¿Retrasar su final irremediable? Muy bien. Sí. Yo organicé los envíos de armas. Pero de nada le sirve saberlo ahora.

—¿Korvich fue su cómplice?

—Él se cuidaba de transportarlas desde aquí. Yo tracé los planes, yo puse el capital inicial, yo adquirí el género y yo me puse en contacto con los jefes revolucionarios de Sierra Parda.

—¿Dónde adquirió el género?

—Parece mentira, Dennison, que un investigador de su altura ignore lo fácil que es conseguir armas de fabricación norteamericana. Los Estados Unidos las suministran con generosa largueza a aquellos países que creen aliados suyos o cuya posición estratégica tratan de reforzar en su interés propio. Si el país es pobre, basta con sobornar a cualquiera de sus gobernantes o personas bien situadas con ganas de hacerse con un buen montón de dólares. Esa persona se encarga de distraer las armas necesarias, de camuflarlas y de enviarlas a Puerto Caribe. Lo demás, es cosa nuestra.

—Mildred Jones me dijo que Johnny Castillo podría informarse sobre el asunto muy bien y me envió a él. ¿Por qué?

Axil soltó una risita.

—La Jones cometió el estúpido error de creer que quien llevaba el negocio de armas era mi padre. Buscó toda clase de pruebas, ¿y qué? No encontró ninguna. Pero en cambio, descubrió que Castillo estaba mezclado en el asunto... En fin, lo que resta es una cadena.

—¿Una cadena?

—Fulgencio Robles andaba pisándole los talones a Korvich. Eliminé a este y borré todos los rastros mandando destruir la factoría de Paso Hueso. Mientras tanto usted llegó a Puerto Caribe y Mildred le habló. Luego trató de convencer a Johnny, a pesar de lo que entre ellos había habido, para que pusiera a mí padre en manos de usted. El muy cerdo hizo algo peor; le dijo que era yo quien estaba al tanto del contrabando. Gracias a que estaba escuchándolo sin que se dieran cuenta, si no a estas alturas... Los silencé a los dos igual que hice con Korvich. Pensé dejar el cadáver de la chica en la habitación de su hotel, Dennison. De momento tendría un grave dolor de cabeza con la policía local y a mí me daría tiempo de actuar, pero la llegada de mi padre lo estropeó todo. La metí en el frigorífico pensando en llevármela después. Pero llegó usted y luego la policía, así es que abandoné definitivamente el “bungalow”.

—¿Por qué mató a Lemont también?

—Una vez eliminados el húngaro, Mildred y Johnny, tenía que eliminar a toda persona que pudiera relacionarme con ellos. Lemont sabía que

Johnny y yo llevábamos algo entre manos. Me decidí a silenciarle cuando vi que andaba desesperadamente tras de usted.

—¿Y el comisario Robles?

—A Robles le tomé miedo. Descubrió o sospechó algo, quizá alguno de mis contactos con Korvich. No me gustó que se molestara en ir a hablar con usted a su habitación del “Nacional”. Tuve que matarle también.

—¿Qué me dice de Secundino Morales y sus hombres?

—Pobres diablos. Se lo tienen merecido por ineptos. Creí que Mac Creedle y sus muchachos no fracasarían y el tren acabaría limpiamente con usted, sin sospechas de ninguna clase. Solo ha quedado vivo Mac Creedle. Usted se cargó a los otros.

Hubo una larga pausa y finalmente inquirí:

—¿Qué tiene ella que ver en todo esto? —y señalé a la silenciosa Paloma.

—¿Ella? No sea iluso. Paloma no sabía o no sospechaba nada hasta que supo que el asesino que usted y Della Croce buscaban con tanto empeño, usaba pistola del 44 y tenía el rostro marcado por un arañazo profundo. Hizo varias comprobaciones después y la muy imbécil no pensó otra cosa que contármelo todo a mí. Hasta incluso intentó convencerme para que abandonara la partida y huyese de aquí. ¿Qué le parece?

Yo había hundido la cabeza en el pecho, como si estuviera deshecho, totalmente derrotado. Axil avanzó unos pasos, sonriendo.

Era el momento.

Salté sobre él golpeándole con las dos manos en la suya armada de la 44.

Soltó un grito mientras dejaba caer la pistola.

Ejecuté el segundo movimiento. Proyecté mi pie derecho contra su vientre y lanzó otro aullido. Se desplomó.

Mac Creedle había escupido una obscenidad refiriéndose a un antepasado mío, y se disponía a apretar el gatillo de la “Luger”.

En el momento en que mis dedos rozaban la 44, sentí en el pecho un fuerte golpe y de repente me encontré tendido en el suelo. Paloma quiso arrodillarse junto a mí, pero Axil se lo impidió, ya recuperado de mi formidable punterazo.

Tenía la plena conciencia de mis actos, pero me sentía absolutamente impedido para mover un solo dedo. Sentí que un líquido caliente se me escurría por entre el costado izquierdo, aunque no pude hacer nada por evitar la hemorragia.

Los ojos de Axil brillaron con diabólico resplandor. Cogió la 44 y volvió a apuntarme con ella.

—Bien, Mac Creedle —le dijo a su esbirro—. Gracias por la oportunidad que me has dado al no matarle. Le clavaré una bala del 44 en el corazón. Igual que a los otros...

Paloma se tapó los ojos, como si no quisiera ver llegar mi muerte que adiviné inminente. Sonriendo con fría dureza, Axil bajó un poco la pistola hasta que el punto de mira se centró sobre mi pecho, a la altura del corazón justamente. Paloma soltó un grito agudísimo y en aquel momento sonó una fuerte voz. Me pareció la de un ángel.

—¡Suelten las armas!

Axil se volvió rapidísimamente gatillando la 44, que, vomitó una roja llamarada acompañada de un trueno aparatoso. Mac Creedle por su parte, hizo lo propio.

Frente a ellos, otras pistolas detonaron igualmente. Axil se estremeció, soltó el arma y se llevó las manos al estómago, que empezó a manar sangre a borbotones. Se tambaleó.

Cuando su cuerpo tomó contacto con el suelo, ya Mac Creedle rodaba completamente acribillado.

Seguido de Sócrates Toeorenkopulos, cuya cara expresaba una infinita tristeza, un infinito cansancio, una tremenda decepción: seguido también de varios policías uniformados, Domingo Della Croce entró en escena. Aún tenía en la mano el revólver de reglamento. Lo guardó en tanto que arrojaba una mirada circular en torno suyo.

Escupió. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¡Condenación! ¡Era su propio hijo! —masculló—. ¡Puerco oficio el mío!

Entonces vi los llorosos ojos de Paloma que se inclinaba sobre mi rostro.

¡Al diablo con todo!

Aquellos ojos pardos, inmensos, me miraban con una luz extraña, completamente nueva para mí, pero al mismo tiempo sabiendo que no miraría nunca a un hombre de aquella manera. Solo yo gozaría en lo sucesivo de aquel beneficio.

Bajó ligeramente su boca sonrosada y nuestros labios se unieron en un apasionado beso.

Después perdí el conocimiento.

FIN

A. Rolcest

Una mujer muerta



Precio:
7 ptas.

Aparecerá la próxima semana
en esta misma colección

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION
CIRCULO ROJO



Los archivos po-
liciacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION
CIRCULO BLANCO



la aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA
por Norbert Casteret

INVESTIGADOR SUBMARINO
por Lloyd Bridges
"Mike Nelson"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD
por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE
por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL
por Sten Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentales, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCCHILD

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selecciones



Una nueva colección
que sólo publicará éxitos

Las mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

856 — Carlos de Santander
CUANDO APRENDAS
A LLORAR

COLEC. "MADREPERLA"

752 — Isabel Salvoña
LA NISA DEL PALACIO

COLECCION "ROSAURA"

696 — Celia Bravo
TE AME SIEMPRE

COLECCION "AMAPOLA"

583 — María Morgan
LA NOCHE SE ACABA

COLECCION "ALONDRA"

517 — Clotilde Méndez
SURGE EL AYER

COLECCION "CAMELIA"

458 — Corín Tellado
UNA ESPOSA PARA EL

COLECCION "CORAL"

151 — Corín Tellado
INESPERADAMENTE

COLECCION "CORAL"

152 — Corín Tellado
TRAS EL OLVIDO

COLECCION "CORAL"

252 — Corín Tellado
CARLA

COLECCION "RISONTE"

797 — Orland Garr
TEXAS SALOON

COL. "SERVICIO SECRETO"

661 — Lee Coloway
MORIR SIEMPRE
ES FACIL

COLECCION "BUFALO"

494 — M. Lafuente Estefanía
LA FUERZA DE LA RAZON

COLECCION "TEXAS"

362 — A. Rolcest
RECONQUISTA
EN NUEVO MEJICO

COLECCION "CALIFORNIA"

341 — M. Lafuente Estefanía
LA COLINA DEL AGUILA

COLECCION "COLORADO"

286 — M. Lafuente Estefanía
SU MISMO SISTEMA:
PLOMO

COLECCION "KANSAS"

252 — Keith Luger
YO SOY LA VENGANZA

COL. "HEROES DEL OESTE"

234 — M. Lafuente Estefanía
LA CANCION DEL PLOMO

COLEC. "ASES DEL OESTE"

204 — Raf. Segram
LLUVIA DE BALAS

COLEC. "BRAVO OESTE"

116 — Alf. Regaldie
EL PLOMO SELLO LA PAZ

COLEC. "PUNTO ROJO"

60 — Keith Luger
LA RISA DEL ASESINO

COLEC. "SERVICIO S. S."

28 — Peter Debry
ASELINATOS
EN LA OFICINA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPÚBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 645/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1075 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 542 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 6-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 133 - ASUN-
CIÓN.

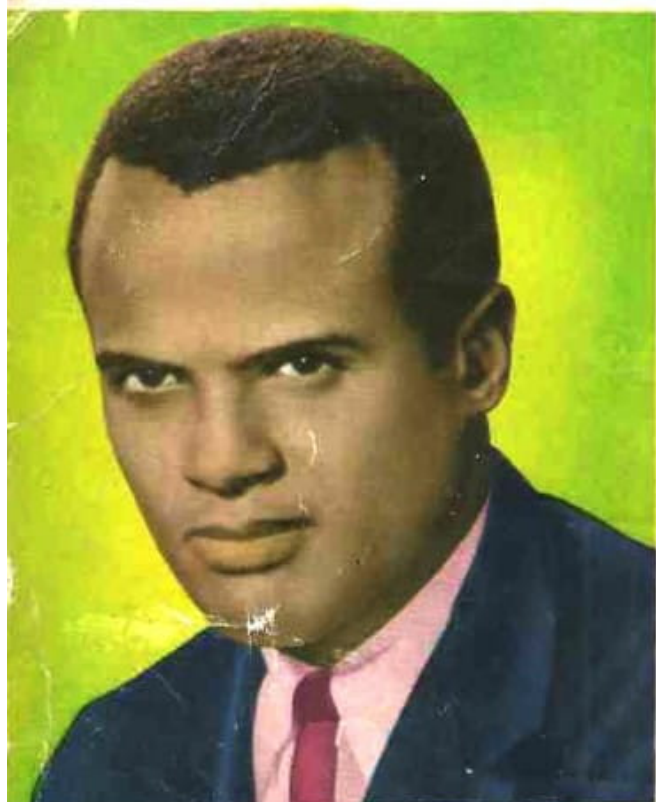
PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegúa, 330
LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 100 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.



Harry Belafonte

Obtuvo gran éxito como cantante de "calypso" y más tarde en el cine. Nació el 1 de marzo de 1927 en Nueva York. En nuestra patria le conocimos en "La isla del sol".



EDITORIAL BRUZUELA, S. A.

MORET LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 pías. • Impreso en España • Printed in Spain